

Envejecer con Dignidad

Compilación de artículos de Las Reinas

**Grupo Feminista de Estudios del Proceso
de Envejecer de las Mujeres**

**Gobierno del Estado de Nuevo León
Instituto Estatal de las Mujeres
*Marzo de 2004***

CONSEJO DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Lic. Atala Martínez Cárdenas

Presidenta

Lic. Alicia Leal Puerta

Lic. Ana María Schwarz García

Lic. Edelmiro Sánchez Sánchez

Lic. Fidel Chávez Pérez

Lic. Irma Martínez de Maldonado

Lic. María Elena morín García

Lic. Óscar Muraira Contreras

Mtra. Rosario Zambrano Páez

Lic. Susana Dieck de Marcos

JUNTA DE GOBIERNO

Lic. José Natividad González Parás
Gobernador Constitucional del Estado

Sra. Cristina Maiz de González Parás
Invitada especial

Lic. Napoleón Cantú Cerna
Secretario General de Gobierno

Gral. José Domingo Ramírez Garrido-Abreu
Secretario de Seguridad Pública

Lic. Luis Carlos Treviño Berchelmann
Procurador General de Justicia

Lic. Rubén Martínez Dondé
Secretario de Finanzas y Tesorero General

Mtra. Yolanda Blanco García
Secretaria de Educación

Dr. Gilberto Montiel Amoroso
Secretario de Salud

Lic. Eloy Cantú Segovia
Secretario de Desarrollo Económico

Lic. Alejandra Rangel Hinojosa
Presidenta del Consejo de Desarrollo Social

Profra. Gabriela del Carmen Calles González
Directora General del Sistema para el Desarrollo
Integral de la familia

Lic. María Elena Chapa H.
Presidenta Ejecutiva del Instituto Estatal de las Mujeres

C. Lic. María Elena Chapa H.

Presidenta Ejecutiva del Instituto Estatal de las Mujeres

C. Dra. María del Refugio Ávila Carmona

Secretaria Ejecutiva

C. Lic. Dipna Ruth De Cos Balderas

Directora de Planeación, Administración y Evaluación

C. Lic. Irma Alma Ochoa Treviño

Directora de Enlaces

C. Lic. Blanca Nelly Guerra Zambrano

Directora de Capacitación

C. Lic. Sylvia Guadalupe Puente Aguilar

Directora del Jurídico

C. Lic. Juana María Nava Castillo

Directora de Comunicación y Difusión.

INDICE

Presentación	7
Prefacio	9
Introducción LAS REINAS: CREADORAS DE NUEVA CULTURA <i>Irma Alma Ochoa Treviño</i>	11
MADRES E HIJAS: AMOR Y AMBIVALENCIA <i>Dasha</i>	15
LA SOLEDAD EN EL CICLO DE VIDA DE LAS MUJERES <i>Dasha</i>	23
LAS MUJERES Y EL DERECHO A SUS SEXUALIDADES <i>Dasha</i>	29
LA MIRADA DE LA MADRE <i>Celia Ruiz Jerezano</i>	35
LA SOLEDAD Y LA SUBJETIVIDAD <i>Celia Ruiz Jerezano</i>	41
EL DESEO DE LA MUJER <i>Celia Ruiz Jerezano</i>	49
EL PENSAMIENTO MATERNO <i>Graciela Hierro</i>	55
LAS MUJERES Y LA SOLEDAD <i>Graciela Hierro</i>	65
LAS MUJERES Y SUS SEXUALIDADES UNA ÉTICA SEXUAL FEMINISTA PARA LA MADUREZ <i>Graciela Hierro</i>	73
LA VIOLENCIA MORAL CONTRA LAS MUJERES MAYORES <i>Graciela Hierro</i>	81
De las autoras	89

PRESENTACIÓN

Las mujeres de edad avanzada tienen un lugar ganado en la sociedad de Nuevo León. Su aportación al desarrollo económico, académico y social nos obliga a generar las condiciones que permitan su atención justa y equitativa.

Uno de los compromisos del Gobierno del Estado es proveer elementos para favorecer, recuperar, incrementar o mantener la salud emocional, la realización y el sentido pleno en esta etapa de su existencia.

La presente edición es a la vez un reconocimiento y una acción afirmativa de este gobierno hacia las nuevoleonenses en plenitud.

Lic. José Natividad González Parás
Gobernador Constitucional
Estado de Nuevo León

ENVEJECER CON DIGNIDAD

Para el *Instituto Estatal de las Mujeres*, organismo autónomo dedicado a promover la equidad y la igualdad, la no discriminación y a facilitar las condiciones en el trato, las oportunidades, las decisiones y los beneficios del desarrollo, constituye un hecho relevante contar no sólo con la autorización del grupo llamado Las Reinas, sino con los testimonios escritos de estas tres espléndidas y talentosas mujeres: Dasha, Celia y Graciela y la aportación de Irma Alma, conjuntadas en una publicación como la que hoy presentamos: *Envejecer con dignidad*.

La imagen, el ciclo de vida, la soledad, la sexualidad, los derechos de las mujeres mayores, sus miradas y deseos son sólo algunos puntos de reflexión de las relaciones madre-hija, de otros tipos de relaciones humanas y de una ética sexual para la madurez.

Ahora, desde el Instituto, en homenaje a Graciela Hierro, mujer feminista, creadora de ideas y constructora de conciencias, decidimos publicar sus aportaciones a la filosofía, al análisis y a la reflexión de una forma de ver la madurez plena de inquietudes, preguntas y respuestas.

Envejecer con dignidad, asumirse, prepararse y vivir la edad madura de las mujeres es una oportunidad de crecer y consolidar historias, proyectos y tareas personales, familiares y colectivas.

Nos llena de gusto que cientos de mujeres puedan revisar los textos y avancen en su soberanía. Que este texto sea, junto a otros que publicaremos, un aporte y una oportunidad de crecimiento.

María Elena Chapa H.
Presidenta Ejecutiva

LAS REINAS: CREADORAS DE NUEVA CULTURA

Irma Alma Ochoa Treviño

Dos hechos importantes para el feminismo local sacan de nuevo a la luz este texto: la lamentable muerte de Graciela Hierro, filósofa feminista, autora de cuatro artículos que aquí aparecen, y la creación del Instituto Estatal de las Mujeres. Esta breve crónica formó parte del libro *Tres temas, tres mujeres, muchas mujeres*, publicado en el año 2001, por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Envejecer con dignidad es un esfuerzo del Instituto Estatal de las Mujeres, en reconocimiento a los méritos del trabajo que realiza el grupo feminista de estudios del proceso de envejecer de las mujeres, Las Reinas, integrado por extraordinarias septuagenarias, quienes han visitado la entidad en diversas ocasiones y han transmitido sus conocimientos a través de los talleres “*Madres e hijas, hijas y madres, amor y ambivalencia*” (1998), “*La mujer y la soledad*” (1999), y “*Las mujeres y sus sexualidades*” (2000), organizados por el Centro Universitario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras, los cuales han influido en la construcción de una nueva cultura que fortalezca la equidad entre géneros, en la comunidad nuevoleonesa.

Conocerlas, departir con ellas, escuchar sus conferencias, leer sus escritos, tomar sus talleres, compartir vivencias, son experiencias extraordinarias.

Las Reinas son reconocidas, nacional e internacionalmente, porque difunden sus conocimientos y filosofía con perspectiva de género; en sus talleres dan voz a quienes no la tienen, escuchan, estudian, analizan los patrones culturales y los estereotipos, cuestionan los mitos que reducen a las mujeres a ser invisibles, a ser para otros y no para sí mismas. Se basan en la historia y en la leyenda, en la filosofía, en la psicología, en la poesía, en la literatura, para construir los mitos y ritos que dan un toque singular a sus presentaciones. En los talleres de Las Reinas se evoca a Tonantzin, nuestra madre y a Palas Atenea, se fusiona el mundo náhuatl con la civilización griega. La maternidad y la sabiduría.

Los rituales feministas crean lazos de hermandad entre mujeres –sororidad, dicen las teóricas italianas—; en éstos, Las Reinas recuperan las tradiciones autóctonas en las que intervienen los elementos: aire, agua, fuego, tierra. Ponen en contacto a las mujeres con la naturaleza. Las invitan a caminar descalzas y a sentir en los pies la humedad del pasto, a conversar sobre sí mismas viendo a los ojos a la compañera, exhortan a compartir experiencias de vida, explican que hablar en voz alta no está prohibido, que mostrar una bella sonrisa no es vergonzoso. Difunden en sus talleres los derechos de todas las mujeres.

Al participar en sus rituales, las mujeres se atreven a hablar, a denunciar, a reír, a imaginar otro modo de ser y estar en el mundo, a llorar, a bailar, se deciden a cambiar y cruzar la línea del “ser para otros” hacia el “ser para sí mismas”.

Los mitos son el relato de algo que no existió, pero que el imaginario popular acepta como real. Las Reinas son mujeres reales y concretas, mujeres sabias, sororas, afidadas a las causas de las mujeres. Juntas, Dasha, Graciela y Celia suman poco más de dos siglos, varios hijos e hijas, nietos y nietas, y ocho matrimonios, como elegantemente dicen al presentarse.

El grupo Las Reinas se creó hace casi dos décadas. La leyenda, narrada por Celia, nos dice que Betsie Hollants, periodista belga, pionera del feminismo en México, dedicó gran parte de su vida a crear espacios e instrumentos para el desarrollo de las mujeres. Fundó en 1969, en la ciudad de Cuernavaca, Mor., una asociación civil feminista: CIDHAL¹, dedicada a promover alternativas educativas, informativas, terapéuticas y de participación ciudadana, con el fin de contribuir al desarrollo de una sociedad equitativa entre géneros y clases sociales, en armonía con la naturaleza.

En este centro, Betsie convocó a mujeres de mediana edad para que tomaran un curso-taller con duración de tres días, llamado “*Mujer frente al envejecer y el morir*”, que se realizó en la ciudad de la eterna primavera. A su convocatoria respondió un grupo de mujeres mayores, y algunas jóvenes que se interesaron por el tema. En un clima de franca camaradería, empezaron a narrar sus historias de vida, de las cuales surgieron valiosos testimonios y cuestionamientos: ¿Cuándo empezaron a sentir la vejez?, ¿cuál fue el mecanismo que la disparó?, ¿algún suceso importante en su vida, la pérdida del novio o del marido, la jubilación, el nido vacío, las arrugas, el sobrepeso, las canas?; y de ahí partió la necesidad de formalizar un grupo que continuara las investigaciones de Betsie Hollants sobre la menopausia y todos los aspectos relacionados con el envejecer de las mujeres.

Con esta inquietud, empezó a reunirse cada mes un grupo que aglutinaba a un buen número de mujeres feministas, de diversas profesiones, estado civil, nacionalidades, casi todas ellas en edad madura, con el propósito de estudiar dicho proceso. En una primera etapa empezaron a hablar de sí mismas, de su trayectoria personal; luego, se cuestionaron la angustia de las mujeres por continuar dentro del estereotipo femenino de la eterna juventud; se propusieron apoderarse de su cuerpo, de su vida y cambiar el ideal de la belleza que se maneja en los medios y en el imaginario social, desarrollar su propio ideal y, en este sentido, poner “*la belleza en el entendimiento y no el entendimiento en la belleza*”, parafraseando a la célebre Sor Juana.

En ese taller Graciela dijo a las jóvenes asistentes: “*los cuentos de hadas son sólo cuentos. El príncipe que cabalga en blanco corcel y llega a despertar a la doncella de su letargo, con un dulce beso, no existe; los príncipes azules son especie en extinción, ustedes tienen que valerse por sí mismas, nadie las va a salvar. Actualmente no hay príncipes, solo princesas, como tú*”. A lo que una mujer joven respondió: “*y también reinas, como ustedes*”. De ahí tomaron el nombre de Las Reinas.

En sus sesiones de estudio analizan la identidad de las mujeres maduras en cada uno de los escenarios en que se ubican y lanzan un exhorto para que, en esta etapa de la vida, las mujeres dejen de considerar su edad como un secreto vergonzoso, las conminan a liberar su

¹ Comunicación, Intercambio en Desarrollo Humano en América Latina, A.C.

cuerpo de las ataduras convencionales y del discurso masculino, para acceder a ser sujeto de su propia sexualidad y erotismo.

Las mujeres mayores, en otras épocas, eran mujeres sabias, guardianas de las entradas y salidas de la vida, curanderas y profetas, desplazadas por la sociedad patriarcal. Las Reinas estudian la capacidad de las mujeres mayores para enfrentar los retos que conlleva el envejecimiento, el abandono, el nido vacío, la soledad y la inminente muerte, para asegurar un futuro promisorio, creativo, y de esta forma, prepararse para cerrar el ciclo de vida.

Las reuniones mensuales de estudio sobre el propio envejecer, experiencias, cuestionamientos, argumentos, solución a los múltiples problemas enfrentados, llevaron a este singular grupo a una segunda etapa: impartir talleres. La iniciaron con el taller llamado "*Mujer, después de la juventud, ¿qué?*". A éste se convocó especialmente a mujeres de edad madura. Sin embargo, igual que sucedió con el taller convocado por Betsie, acudieron también mujeres jóvenes a quienes les interesaba el tema, con el fin de prepararse desde la juventud para tener una madurez sin escollos.

Los talleres de Las Reinas se caracterizan por lo audaz de sus temáticas, el uso del lenguaje incluyente, la infinidad de simbolismos, mitos e invocaciones que incorporan a cada presentación y por los rituales que hermanan a las asistentes. Un signo muy particular es su propuesta novedosa de reconocer a las madres biológicas y simbólicas y recurrir a las genealogías recordando a las abuelas, a las tías, a las hermanas, a Lilith, a Eva, a Sor Juana, a Simone de Beauvoir, creando una nueva cultura, un nuevo modo de ser, como diría Rosario Castellanos.

Las nuevoleonenses nos hemos beneficiado en varias ocasiones con sus visitas. Celia Jerezano residió muchos años en Monterrey, donde ha creado vínculos parentales y Graciela dictó cursos para la Secretaría de Educación y la Normal Superior, hace un par de décadas. Además de los impartidos en la Universidad, Las Reinas han participado en esta ciudad en otros talleres y conferencias, como "*Las multifuncionalidades de las mujeres*" y el Encuentro "*Equidad para Mujeres*", este último organizado en 2003 por FUNDES, A.C. y Círculos Ciudadanos, A.C. Asimismo, acompañan con su filosofía el hacer del Instituto Estatal de las Mujeres de Nuevo León, organismo público descentralizado, cuya función se enfoca a propiciar la equidad.

Es en este contexto donde se expresan Las Reinas, diciéndoles a las mujeres: "*haz lo que a ti te gusta, deja de ser para otros, eres para ti, porque si no te preocupas por ti, ¿quién lo va a hacer?, y si no es ahora ¿cuándo?*". Eso es lo que hay que aprender, insisten. Tienes que aprender para ti, dicen con justa razón Las Reinas: Graciela, Dasha, Celia. Y con esta proclama recorren todos los espacios y todos los tiempos, haciendo una nueva cultura de ser. Una cultura de mujer.

MADRES E HIJAS: AMOR Y AMBIVALENCIA

Dasha

Para mi hija Paula

¿Qué es una madre? *Mater* es una palabra de origen ario, usada para madre y medida, dando lugar a las palabras matriz como útero, matriz como molde, materia, metro, material, maternal y otras. Según las creencias antiguas, la maternidad era el poder creador, equivalente a la inteligencia superior, el poder del razonamiento y los conocimientos mágicos, una especie del “pensamiento maternal”, como diría Graciela Hierro.

Todas tenemos una imagen, más unas presuposiciones básicas sobre lo que es una madre; todas hemos experimentado, de alguna u otra manera, las atenciones maternas y tenemos sentimientos complejos alrededor de esa experiencia. La manera en que asimilamos o rechazamos esta experiencia afecta cómo nos experimentamos como hijas, como madres y como mujeres.

Para hablar de las relaciones madres e hijas, vamos a considerar primero el contexto cultural básico donde nos hacemos madres e hijas. ¿Cuáles son los parámetros que la sociedad nos señala a las mujeres a través de la religión, la ciencia y la psicología, todo aquello que nos indica cómo debemos conducirnos, vestirnos, pensar y sentir, inclusive qué autoimagen hemos de tener?

Una de las influencias importantes es la que nos llega a través de la religión, de acuerdo con lo que nos ha sido transmitido por el hombre, o sea, los varones. La tradición religiosa judeocristiana enseña que la mujer fue creada de la costilla del hombre para que él no estuviera solo y para que ella lo ayudara. Y que, por desobediencia al mandato divino, su maternidad la tendría que vivir con sufrimiento.

Santo Tomás nos describe a la mujer como un ser accidental y defectuoso, una especie de hombre malogrado por la debilidad del padre en su poder generativo.

Después viene la ciencia y los científicos nos dicen que la mujer depende básicamente de su naturaleza biológica, que la hace inestable emocional e intelectualmente inferior.

Sigmund Freud, el padre de la psicología, creía que la vida psico-sexual de una mujer estaba formada por haber sido “privada” de un pene y que, por eso, ella padece de envidia, insinceridad y un sentido subdesarrollado de justicia y honor, que la hacen incapaz de “las tareas humanas más altas”. Que son narcisistas, pasivas, masoquistas y que su destino más bien está determinado por su belleza, su encanto y su dulzura. Que la mujer, al aceptar su

femineidad, sólo entonces se autorrealiza casándose y teniendo hijos. Hasta ese momento, según Eric Erikson, adquiere su identidad y su propósito en la vida.

En nuestra sociedad, la más alta prioridad se otorga a las actividades e intereses “masculinos”, como son los asuntos financieros y políticos. La prioridad más baja se reserva para las actividades “femeninas”, que son los cuidados y atenciones hacia la familia, sin reconocimiento ni validación de su importancia social primordial y del esfuerzo que implican.

Cuando nace un bebé acostumbramos observar su sexo y de ahí reflexionamos sobre su destino y su rol en la vida. Si es varón y tiene los deditos largos, a lo mejor va a ser pianista; si está fornido, podría ser futbolista; si tiene mucha frente, quién quita y llegue a ser hasta presidente.

Y si es mujercita, ya se sabe cuál va a ser su destino: va a ser madre. No concebimos otro papel principal para ella.

Como aparece en un desplegado magnífico del DIF (Desarrollo Integral de la Familia) del 30 de abril, Día de los niños y las niñas: “Hoy el mito de la natural superioridad masculina frente a la natural inferioridad femenina está en franca reversa. Otra errónea idea de que en México realmente la niña solo será madre y ama de casa cuando crezca, le cierra un mundo de posibilidades”, (1996).

Dentro de este contexto nacemos y nos hacemos madres e hijas.

El objetivo de esta plática es ayudarnos, como hijas y madres, a tomar conciencia de cómo nuestra relación madre-hija y nuestros temores y necesidades interactúan con las expectativas y presiones de la sociedad; de cómo la cultura, hasta ahora, ha determinado que seamos madres sin cuestionar, y de qué manera seamos hijas de estas madres, también sin cuestionar.

A pesar de las inevitables exigencias sociales, no necesariamente todas las mujeres que tienen deseos de ser madres están conscientes de la carga de trabajo y el abandono del yo misma que eso implica; no necesariamente las que quieren tener hijas o hijos nacen sabiendo cómo se es madre, y no necesariamente todas quieren ser madres.

Hasta hace relativamente poco, eran los hombres quienes se dedicaban a establecer las normas de las relaciones humanas por medio de la literatura, la religión, el arte, la ciencia y la psicología; y su visión de la madre y la maternidad era lo que había predominado durante muchas generaciones. Los teóricos han definido lo que la madre y sus atenciones maternas deben perseguir, lo que deben hacer las mujeres para ser buenas madres, y en el análisis de los problemas psicológicos familiares han señalado a la madre como la responsable de todas las disfunciones emocionales.

Estas formulaciones hacen caso omiso de que las madres han sido básicamente impotentes para cuestionar y encauzar su propia vida, no se diga las de sus hijas. Solo se les ha permitido ejercer algún poder dentro de los parámetros aceptados por la cultura, como por ejemplo, alentar a la hija a tener mayor participación en los campos económicos, siempre y cuando no descuide sus deberes familiares ni deje de ser “femenina”.

Es común que en la relación madre-hija haya mucha ambivalencia, aun en las relaciones más estrechas y amorosas. Generalmente, si se le pregunta a la hija si quiere a su madre dirá: “Por supuesto, ¡es mi mamá!”. No amar a la madre es inadmisibles. No obstante, de ahí sigue: “no me entiende”, “me trata como a una niña”, “me quiere controlar”, “a ella le debo mis inhibiciones sexuales”. Y, de ahí: “con razón tengo tantos problemas, si me heredó todas sus neurosis”, y “ya sé que hizo lo mejor que pudo, pero me hubiera hecho más caso (o menos caso)”, “me hubiera apoyado más (o empujado menos)”, etcétera.

En el espacio de unos momentos pasamos del amor a los reproches. La pura palabra “madre” dispara una serie de emociones ambivalentes y contradictorias; la de calidez y protección, el deseo de su aprobación, la necesidad de su amor y el coraje por los errores que, sin duda, cometió.

A través de los tiempos hemos vivido con la imagen del mito cultural de que la madre o es como un ángel o es como una bruja. Solo existen la Madre Buena o la Madre Mala. Los parámetros de conducta para una madre equivalen a los lentes estereotipados con que la sociedad mira a la mujer en general: la mujer abnegada, nutricia y sofocante, por un lado; o la dominante, castrante y sexualmente agresiva por el otro. A la Madre Buena se le adora, a la Madre Mala se le responsabiliza de todo sentimiento de frustración o decepción, que se convierte luego en rabia o sentimiento de traición. En cualquier otra relación cercana se espera una gama normal de ambivalencia, al aceptar las características contradictorias de la naturaleza humana, pero la presión de llegar a ser Madre Perfecta e hija perfectamente aceptante hace difícil manejar lo que sería una ambivalencia normal.

Esta polarización de la imagen materna también resulta en otros sentimientos comunes entre las hijas: la sensación de que “nunca le puedo dar gusto” o “mi madre no me cuidó o nutrió lo suficiente”. Esas sensaciones se deben a expectativas de que la madre debe ser un ser perfecto e inagotablemente nutricio que, por lo tanto, tenga una Hija Modelo.

Cuando como hija crees que tu madre es perfecta (y nadie observa tan en profundidad como lo hace una madre la conducta de su hija, según Hierro), entonces viene el temor de que nunca la podrás llegar a satisfacer, ni en cómo te vistes, ni con quién te casas, ni en cómo, a tu vez, atiendes a tu familia; pues ella como madre siempre tiene la razón y dado que es perfecta, te sientes traicionada cuando deja de llenar todas tus necesidades prácticas y emocionales. Por ello viene la decepción, el coraje y luego la culpa por sentir lo que sientes. ¡Como si las normas para las relaciones entre meros seres humanos no se aplicaran en la relación madre e hija!

Existen tres miedos grandes que tiene la hija en relación a su madre: miedo a su desaprobación, y por lo tanto, a que la deje de querer; miedo de que se muera antes de poder consolidar una relación plena con ella, y miedo de ser como ella y repetir sus errores. ¿Y por qué va a querer ser como ella? si todo lo que ella hace es o ha sido ignorado o devaluado por la sociedad. Anular a la madre sin comprenderla es anular nuestra propia identidad y nuestros lazos con las mujeres, porque tendemos a vernos a nosotras mismas como vemos a nuestra madre. Anularla es anularnos; aunque indudablemente se dan casos de una madre hostil, destructiva, e inclusive psicológicamente enferma, o quizá producto de una historia muy dura, que llevan a la hija, más bien, a optar por poner distancia, para no sentirse culpable de no quererla.

¿A qué se debe que la madre ejerza tanta influencia?

Para la mayoría de nosotras, la madre o la que hizo de madre, era la que nos proporcionaba la supervivencia misma con el pecho o la mamila. Era el poder más absoluto que experimentaríamos en la vida, el poder de vida o muerte. Además, era nuestro modelo primario de cómo crecer y ser mujer (en nuestra cultura, un ser de segunda). Si bien nuestras madres nos enseñaron “la obediencia inauténtica”, como lo llama Hierro, o sea cómo amoldarnos para vivir dentro de nuestras limitaciones sociales, fue porque crecieron en una sociedad que a ellas les ofrecía muy pocas opciones y muy poca estimación. Quizá no se atrevieron ni siquiera a pensar en cómo les gustaría que fueran las cosas para nosotras, sino más bien se sintieron comprometidas a enseñarnos cómo eran las cosas en nuestra realidad tan limitada.

Dados nuestros arreglos culturales, para encontrarnos un modelo de un ser valioso en el mundo veíamos hacia el padre, el ser que salía al mundo exterior a hacer cosas importantes, que gozaba de privilegios al llegar a la casa como rey y al que nadie lo mandaba; por lo mismo que papá era el más ausente, el menos disponible, tendíamos a inventarlo e idealizarlo. Comparado con el mundo de él, el mundo de mamá nos parecía limitado, constreñido, de poca importancia, y precisamente para ocupar un lugar en ese mundo, la sociedad esperaba que mamá nos iba a preparar y educar.

Tememos la desaprobación tanto de la madre como de la sociedad en general. Dado que la madre suele ser la que nos enseña a cumplir los mandatos sociales, si la satisfacemos a ella, podemos también satisfacer las exigencias sociales.

¿Y cuáles son las exigencias de la sociedad? Entre otras cosas incluye la expectativa de que las mujeres, madres e hijas, se ajusten a lo que ha sido el estereotipo tradicional femenino. A las madres siempre les ha tocado la tarea de educar a sus hijas para amoldarse a este estereotipo, quizá luchando contra un sentimiento de impotencia frente a sus propios deseos y metas de un futuro diferente para sus hijas. Aun así, las madres e hijas no se dan cuenta de que muchos de los problemas de su interrelación provienen, precisamente, de las expectativas que la sociedad tiene de ellas, y de los mitos que surgen de ahí. Estos mitos suelen colocar a la madre en los puntos extremos de la Buena y la Mala. Vistos por la hija, los mitos de una Madre Perfecta resultan en que los mejores esfuerzos de la madre son

inadecuados, por imperfectos; y los mitos de la Mala Madre hacen resaltar sus deficiencias, y logran que sus recursos positivos aparezcan negativos.

Hay por lo menos cuatro mitos acerca de la Madre Perfecta que establecen normas imposibles de cumplir:

- 1) La Buena Madre es asexuada y debe criar una Buena Hija que someta su cuerpo a las exigencias de la sociedad. Como hijas solemos considerar que las reglas y parámetros que establece la mamá son productos de su tendencia crítica y controladora, sin tomar en cuenta que esas reglas pueden surgir de presiones culturales y que la madre sólo las transmite. Mejor sería unir fuerzas, la madre con la hija, en vista de que gran parte del problema se encuentra en unas normas culturales imposibles de cumplir, y no caer en la trampa de la Madre Perfecta que intenta formar a la Hija Perfecta.
- 2) La Buena Madre es una fuente inagotable de amor y cuidados nutricios. Este mito pinta a las mujeres como seres nacidas fundamentalmente para nutrir incondicionalmente a los/as demás, como manera de no sentirse vacías. Indudablemente, ser cuidadora y cálida es admirable; lo que causa resentimiento entre madre e hija es la parte “inagotable” y no serlo les provoca mucha culpa. Dadas las expectativas tan distintas que tenemos del padre, a él agradecemos y festejamos sus manifestaciones de cuidados nutricios, pero cuando la mamá no llena totalmente nuestras necesidades, nos sentimos traicionadas y abandonadas. ¿Acaso las madres no son para eso? Igualmente, la Hija Perfecta es prueba de una Madre Perfecta, porque la madre la ha educado para nutrir. Por tanto, una hija nutricia es una Buena Hija.
- 3) La Buena Madre sabe instintivamente como criar a los hijos/as, física y emocionalmente sanas. Contrario al mito, ninguna mujer nace con los conocimientos necesarios para su crianza y educación, al igual que ningún hombre nace con los conocimientos para ser un buen mecánico. La cultura no solo devalúa las habilidades necesarias para criar a las hijas/os, sino que no reconoce los titubeos, miedos y enormes esfuerzos que acompañan al papel maternal. Solo se ve a una mujer que no encaja en el mito de la madre serena, sabia y dedicada que adivina todas nuestras necesidades y carencias.
- 4) La Buena Madre no se enoja. La Buena Hija tampoco. Esto va de acuerdo con la imagen femenina tradicional, por ende, ni las madres ni las hijas se deben de enojar. A la madre le toca enseñar a la hija la regla social de suprimir debidamente esa emoción. Si surge esa emoción prohibida entre ellas, resulta en un sentimiento de culpa para ambas.

Existen cinco mitos principales que señalan a la Mala Madre:

- 1) Las madres son malas porque son inferiores a los padres, que son hombres y por lo tanto, más valiosos. Para algunas madres, el haber procreado una niña en vez de un varón significa su primer fracaso como madres y de ahí se sienten obligadas a preparar a sus hijas para aceptar una posición de humildad e inferioridad, fijándoles metas limitadas y “realistas” para poder casarse.
- 2) La Mala Madre no es suficientemente inteligente para criar a su familia y necesita autoridades especializadas. Existe la creencia que hay una sola verdad científica para la crianza y educación, cuando lo cierto es que ni los especialistas ni las mamás pueden saber a ciencia cierta cómo educar a las hijas/os. De hecho, hay que tomar en cuenta la individualidad, el sentido común y la experiencia, o sea, el “pensamiento maternal”. En general, los expertos tienden a juzgar severamente a las madres y éstas acaban teniendo expectativas poco realistas de sí mismas, sintiéndose inadecuadas y culpables.
- 3) La Mala Madre es una mujer con necesidades desmedidas de afecto, en vez de ser una fuente nutricia para las/los demás, aunque no reciba el cariño y cuidado que ella puede necesitar. Es como esperar que una persona hambrienta se responsabilice, de todo corazón, de servir banquetes sin fin.
- 4) La Mala Madre convierte la cercanía de madre e hija en simbiosis. Para muchas madres es un conflicto saber cuánto deben de querer a sus hijas, o mucho o poco; además nos enseñan que “femenino” es ser dependiente, pero es neurótico querer demasiada cercanía. El mito de que el lazo fuerte entre madre e hija es destructivo, patologiza una de las fuerzas y recursos más positivos de las mujeres, o sea su tendencia y capacidad para formar lazos femeninos cercanos de apoyo mutuo, *obstaculizando así la solidaridad entre las mujeres*.
- 5) La Mala Madre es una mujer con poder y, por lo tanto, peligrosa. Suele señalarse el poder de la mamá en la familia como una amenaza al poder del padre. De hecho, cualquier poder en manos de un grupo devaluado es visto por el grupo dominante como demasiado amenazante.

Según Teresa Bernárdez, “la realidad es que el matrimonio protege la salud mental de los hombres, pero no la de las mujeres; son mujeres en su mayoría las que son víctimas de abuso sexual y físico... lo cual contradice el mito del poder de las mujeres en la familia”.

Frecuentemente, frente a una madre fuerte, la hija adulta siente regresar a su niñez cuando su mamá sí tenía un poder real absoluto sobre ella. Se olvida de que ya no existe el mismo desequilibrio que cuando el rechazo y el abandono para un infante significaba la muerte. Ahora ya puede conseguir comida y cuidados por sí sola, y encontrar amor, apoyo y aprobación de otras fuentes. Igualmente, las madres temen la desaprobación y crítica de sus hijas como indicios de que han fracasado en su papel de madres.

Para algunas hijas cuya madre ha muerto, el dolor no solo es por la pérdida misma de su madre, sino por el reconocimiento de lo que había sido su vida, por las fuerzas opresoras que la conformaron, por las limitaciones que padeció; todo ello, resultado del cuestionamiento actual de los roles e identidades de las mujeres.

Es necesario trascender esas imágenes de la Madre Santa o la Madre Bruja para vernos a nosotras y a nuestras madres como los seres humanos que somos: madre e hija, mujer a mujer.

Mientras más entendamos los mitos sobre la maternidad, la madre y nuestra relación con ella, mejor podremos vincularnos con nuestras hijas y con otras mujeres. Sin duda hay madres que son demasiado difíciles o destructivas, pero aun así, la comprensión de los mitos culturales nos lleva a fortalecer el autoconocimiento y la autoestima como mujer e hija. Los mitos tan polarizados de la madre han creado barreras dolorosas entre madre e hija, porque como vimos, tanto llevan a idealizarla cuanto a culparla. No todas las madres son santas, ni se equivocan todas las hijas al pensar que su mamá cometió errores. Muchas mujeres tienen una mezcla de culpa, dolor e incertidumbre en varios aspectos de su relación o con su mamá o con sus hijas. Por eso es útil oír a otras hijas y madres hablar de sus experiencias y sus sentimientos encontrados, iguales a los nuestros.

No podemos aspirar ni como madres ni como hijas a llenar todas las necesidades y expectativas adecuadamente, ni a compensarlas por las exigencias que nos fueron impuestas por la sociedad. Quizá hemos cometido errores en nuestro afán de manejar y conservar la relación de amor más primaria que tenemos. Quizá nos hemos exigido demasiado y recibido demasiado poco, o hemos exigido demasiado poco y dado demasiado.

Reconocer las limitaciones e imposiciones que hemos enfrentado madre e hija, hija y madre, reconocer y valorar lo que somos, acrecenta nuestro propio potencial humano y trae consigo nuevas formas de fortalecer *estos lazos naturales implícitos entre todas las mujeres*.

Bibliografía

- Erikson, Eric H. (1968), *Identity. Youth & Crisis*, New York, W.W. Norton & Co.
- Freud, Sigmund (1938), *The Basic Writings of S. Freud*, New York, A.A. Brill ed., New York, Modern Library.
- Hierro, Graciela (1996), *La Educación Matrilínea II*, en *Estudios de Género*, Comp. G. Hierro; Editorial Torres y Asociados, México.
- Caplan, J. Paula (1989), *Don't Blame Mother*, New York, Harper & Row Publishers.

LA SOLEDAD EN EL CICLO DE VIDA DE LAS MUJERES

Dasha

El miedo a la soledad es uno de los principales impedimentos para la libertad. Para las mujeres, las palabras *soledad*, *estar sola*, *quedarse sola*, son palabras aterradoras, paralizantes. Sin embargo, la palabra soledad tiene muchas connotaciones. En español es ambigua —en inglés existe *loneliness*, que es el padecimiento de estar sola; o *solitude*, que es el disfrute de estar sola. Así es que en español hay la soledad que se vive como abandono o como refugio; la soledad como cárcel o como autonomía; como huida o como exploración; como castigo o como don y muchas más. No es tanto el hecho, sino cómo se vive.

Quiero explorar aquí las diferentes vivencias de la soledad de las mujeres, de sus diversos manejos y maneras de vivirla. Hablaré de la mujer soltera, de la casada, la emparejada, la divorciada, la mal acompañada, la que nunca se casa y la que enviuda.

Nosotras, las mujeres, buscamos la plenitud por muchos caminos, pero por lo general solemos esperarla a través del amor y el matrimonio, que es para la mujer el camino culturalmente aprobado y santificado. El amor de pareja es, sin duda, una parte importante de la vida, pero no es la única fuente de plenitud; sin embargo, tenemos la expectativa de que el amor de pareja nos la va a proporcionar, y si no lo hace, algo está mal con la relación y con nosotras. Este dictamen cultural, de que nuestro destino debe ser encontrar el amor y vivir en pareja, contradice la realidad de muchas mujeres que pasarán etapas significativas de su vida sin pareja, ya sea por elección o por otras circunstancias.

Tampoco se prepara a las jóvenes para poder vivir solas y menos se les dice que es una opción aceptable. La mayoría de las jóvenes están adoctrinadas en la mística de la pareja: que sea hombre, mayor que tú, más alto que tú, etcétera. No se les prepara, más bien, para preguntarse: "¿quién soy yo, qué quiero yo?". Al contrario, la consigna es esperar al *príncipe azul* y *su beso*, para despertar a la vida, así serás "alguien", al saber con quién te casas sabrás quién eres, según Erik Ericson.

Lo cierto es que, si bien las mujeres creemos que un hombre es indispensable para completar la vida y así nos evitará para siempre el problema de la soledad, eso no es real. La soledad es algo que todas, de cualquier modo, tenemos que manejar. Las solteras, aun si encuentran pareja, no podrán evitarla y las que viven con un hombre tampoco, porque nadie puede darle sentido a la vida de otro/a.

Hay varios aspectos de la soledad de la mujer que están relacionados con los valores y expectativas que la cultura tiene en torno a ella. Desde niña, aprendes que tienes que esperar, no te es permitido buscar abierta y agresivamente lo que quieres, sino tienes que esperar siempre, a ser escogida, a que te saquen a bailar, a que te abran la

puerta, a que te abracen, a que te "den" un orgasmo, a que te pidan como esposa o te escojan como amante. También, está la consigna de intimar sólo con un miembro soltero del sexo opuesto, o sea un posible marido, así se eliminan de antemano otras posibles preferencias sexuales. Por todos lados la mujer se encuentra encajonada en la definición social que valora, sobre todo, el matrimonio como la solución de todos sus problemas de identidad y de soledad.

La mujer soltera

Una vida solitaria independiente implica cultivar ciertos rasgos de personalidad opuestos a los que requiere el matrimonio. La mujer soltera que vive sola es más libre de poner sus propias necesidades en primer término, bastarse a sí misma, tomar decisiones independientes, disfrutar su privacidad y actuar según sus propios intereses. Estos rasgos están en oposición directa con la idea socialmente aceptada de cómo debe ser una mujer: femenina, dependiente, abnegada y dispuesta a anteponer las necesidades emocionales y prácticas de los demás a las suyas.

En el mejor de los casos, la vida de soltera puede brindar a la mujer una fuerte sensación de autonomía e integridad personal. Para algunas mujeres la privacidad y la independencia son elementos esenciales para su felicidad y bienestar, estando dispuestas a pagar el precio de la soledad eventual, que puede traer por ejemplo, la vulnerabilidad y la desaprobación social. Esta desaprobación, por cierto, tiene un fundamento tanto económico como psicológico, en el sistema de vida tradicional.

Históricamente la mujer se ha dedicado a cuidar a la familia para que el hombre quede en libertad de desarrollarse profesional y económicamente y llevar a cabo el trabajo del mundo; por otro lado, la mujer capaz de estar sola ya no está disponible para cuidar y apoyar al hombre en su proyecto de vida. Obviamente hay riesgos y desventajas que enfrentan las mujeres solteras. Como la vida de soltera independiente no es tradicional, carece de la definición y respaldo social e institucional de que goza el matrimonio. Una de las principales desventajas es la falta de alguien con quién compartir los acontecimientos cotidianos y una vida social y sexual regular; en general la vida social se organiza principalmente en parejas y puede resultar penoso y/o amenazante no tener compañero.

El deseo de tener compañía masculina y un simple intercambio humano también está lleno de complejas ramificaciones. La conciencia que tiene la mujer de que los hombres puedan estar más interesados en sus atributos sexuales que en sus demás dotes, suele llevarla a aceptar relaciones sexuales a expensas de su autoestima, lo que disminuye su integridad como persona. El culto de las relaciones sexuales libres termina por ser tan opresivo como las costumbres de la era victoriana. Pese a los numerosos cambios que han experimentado las costumbres sexuales en la última década, las mujeres tienen un control muy relativo sobre el ejercicio de su sexualidad y frecuentemente terminan subordinando sus necesidades a las de los hombres para no quedarse solas, sin compañía masculina.

Como la vida de la mujer soltera está marcada con desventajas y retos, muchas jóvenes dedican su vida a buscar un *príncipe azul*, y al llegar a la llamada "crisis de los treinta" esta búsqueda puede convertirse en una verdadera obsesión ciega. Existe la posibilidad de que su identidad y autorrealización provengan de otras fuentes fuera de la pareja; si eso les resulta incomprensible y se ven a ellas mismas como desparejadas, como *media persona*, pueden llegar a poner freno a sus propias iniciativas y aspiraciones, temiendo que si se vuelven autosuficientes perderán su atractivo femenino. Para esas mujeres la autonomía y la libertad son sinónimos de soledad y marginación. Excluyen la amistad profunda con otras mujeres como un sustituto poco satisfactorio, e inclusive, temen ser vistas como lesbianas.

Se le ha dicho a la mujer desde niña que su identidad social se basa en la capacidad de atraer a un hombre, darle hijos y cuidar su hogar. Muchas mujeres, por consiguiente, se sienten fracasadas y devaluadas si no cuentan con esta prueba para adecuarse a las expectativas de la sociedad, y a veces confunden su necesidad de amar y ser amadas con la necesidad de verse emparejadas ante un mundo que las juzga incompletas o inexistentes sin pareja.

La mal acompañada

La soledad más cruel es estar con alguien con quien no puedes hacer contacto. "*Si temes a la soledad, no te cases*" (Antón Chéjov). En una encuesta se preguntó a mujeres: ¿Cuándo te has sentido más sola? Las participantes se remontaban a una etapa en la vida cuando una espera sentirse más acompañada, o sea, en el matrimonio.

Aquí la gran mayoría de las entrevistadas afirmaban que se sintieron más solas al estar casadas con alguien con quien no se podían comunicar o hacer un contacto significativo. Pocas contestaban la pregunta diciendo que se habían sentido más solas cuando no tenían una relación. Decían más bien que, aunque se sentían solas, era otro tipo de soledad, a veces triste, pero las más de las veces estimulante, llena de esperanza hacia un futuro abierto, etc.

La viuda

Si la mujer de por sí teme a la soledad, la mujer mayor que enviuda la enfrenta sintiéndose doblemente vulnerable.

La mujer que enviuda generalmente ha pasado gran parte de su vida autoidentificándose como madrepasa, como diría Marcela Lagarde, y suele experimentar el tránsito a la vida sola como de gran discontinuidad y desconcierto. Todas las cualidades personales y sociales que le habían proporcionado su valor e identidad durante tantos años, se encuentran re-etiquetadas como lastres en la nueva situación que se le presenta.

De pronto se le ofrece la necesidad apremiante de desarrollar la capacidad de funcionar con autonomía, le empieza a pesar su llamada dependencia y devalúa su experiencia característica de mujer casada, de años de vida que pudo interactuar con otros en un plano emocional y práctico. Puede no haber trabajado en empleos remunerados nunca, o muy poco. Al encontrarse repentinamente en un contexto de soledad donde tiene que ser autosuficiente, puede sentirse muy ansiosa e inadecuada. Quizá carezca de experiencia en cuanto a utilizar sus propios talentos y recursos y opta por encerrarse en su papel de viuda por el resto de sus días. Es importante que llegue a valorar creativamente la experiencia y los dotes que ya posee, antes de apurarse a adquirir nuevas capacidades.

Sus dotes, culturalmente adquiridas, como pueden ser una sensibilidad emocional, una disposición a relacionarse y a atender a las necesidades de otros, son valiosas características, señales de una capacidad para reconocer las necesidades humanas básicas de relación, que a la vez son recursos positivos derivados de su práctica de toda la vida de *ver por otros*. Primero tiene que establecer una continuidad con su vida pasada y reafirmar su identidad original antes de intentar cambios pequeños o grandes, si es que así lo desea.

La divorciada

Para la mujer, a veces mayor, que atraviesa el divorcio, en muchos casos es el marido quien abandona el matrimonio, a veces por una mujer más joven. Aquí es distinta la situación a la de la viuda que pudo haber tenido un matrimonio satisfactorio; quizá las dotes de la divorciada fueron rechazadas y desvaloradas por su esposo, y ella suele atravesar un período de rencor, autorrecriminación y mucha autodevaluación.

A menudo lo que ella extraña no es tanto al marido, sino el rol de casada y la posición social correspondiente. En lugar de sentirse subestimada e inadecuada, verá que su capacidad de relación, que cae dentro de las normas culturales para la mujer, es un recurso que le servirá en un trabajo, en la familia y en cualquier vínculo que establezca, ya sea romántico o amistoso. Lo importante es que la mujer no se aisle y que afirme sus capacidades y recursos ejercidos en el matrimonio, ahora ya al servicio de sus nuevas adaptaciones, soluciones y relaciones propias.

Otra mujer que puede quedarse sola es la que pasa por un divorcio iniciado por ella misma. Para ella, esa decisión puede representar una liberación, acompañada de la esperanza de explorar un potencial hasta ahora no investigado; aunque, a la vez, el camino a la autorrealización contenga el reto y la amenaza de la soledad. Como mujer se va a encontrar en un terreno social y hasta familiar que puede no ofrecerle el apoyo que ella necesita y puede llegar a darse cuenta de lo mucho que la convención del matrimonio le había servido de muleta.

El lado positivo del divorcio es que le da la oportunidad de reevaluar su vida y sus metas. La sacudida y la imposibilidad de seguir con su papel anterior le permite examinar

su identidad, su personalidad y sus propios valores. La soledad llega a ser una especie de rito de paso, un pilar interno, una tarea dura y necesaria.

Es el momento de reconocer sus fuerzas y sus fallas, para poder desarrollar una nueva identidad satisfactoria y encontrar una vida plena, con o sin un nuevo compañero, y enfrentar todo eso a través de su experiencia más amplia de vida.

La mujer que nunca se ha casado

En el caso de la mujer mayor que nunca estuvo casada, su vida de soltera la pudo haber llevado a mantenerse a sí misma y a funcionar más independientemente. En algunos casos, llega a la edad de la jubilación buscando la manera de llenar los años que tiene por delante; en otros casos puede haber dedicado su vida al cuidado de algún progenitor o familiar y al perder a esa persona significativa se siente desorientada y sola. A menudo su autoimagen sufre del sentimiento del fracaso, por no haber logrado ese rol que se supone es el único gratificante para la mujer, o sea el matrimonio y la maternidad.

Trata de entender porqué no ha logrado una relación permanente de pareja y acaba por desvalorar las capacidades que ha ejercido en las relaciones prácticas, profesionales y humanas, solo porque no han sido dirigidas a las metas esperadas por la sociedad, o sea, hacia el marido y los hijos. Es importante que examine el modo en que las expectativas culturales influyen en su percepción de sus opciones personales, y pueda diferenciar las ideas impuestas socialmente de las que podrían ser valiosas y apropiadas para ella y reemplazar las viejas actitudes por nuevas opciones.

Su necesidad de establecer lazos y brindar cariño puede ser satisfecha a partir de otras fuentes fuera de las relaciones sexuales y maritales, tales como la familia y las amistades vitales que brinden calor y estabilidad. Sus energías pueden encauzarse en lo que sí tiene —sus recursos, talentos y creatividad—, de modo que se dé cuenta que la vida puede tener sentido y propósito, aquí también con o sin un compañero a su lado.

En resumen, se podría decir que las mujeres que padecen menos de la soledad son las que no limitan de antemano su definición de lo que pueda enriquecer y nutrir sus vidas, puede ser una causa, una nueva persona, un nuevo círculo social, hasta una mascota o una planta. La amistad entre mujeres, por ejemplo, es una subcultura importante que nos ofrece grandes riquezas, un espacio donde podemos ser nosotras mismas, tener nuestros propios pensamientos y sentimientos, expresarlos, y al compartirlos, descubrir nuevas posibilidades.

Donde se encuentra una mujer aislada aparecen sentimientos de autodesprecio, miedo y pasividad; por otro lado, al relacionarse con otras mujeres se presta para explorar toda una gama de sentimientos, como la apertura, la comprensión, la empatía, la rabia, el dolor y la comunicación. Una nueva sensación de potencialización y empoderamiento, así como la oportunidad de reevaluar lo que significa ser mujer.

La soledad, pues, no significa separación sino más bien es como estar casada de por vida, pero con una misma. Como toda relación tiene sus altas y sus bajas —algunas veces te rechazas, otras veces te maravillas— hay días en que te encuentras sensacional y otros insoportable, y aquí se acaba la analogía, porque una cosa que no puedes hacer estando sola es irte a otro cuarto y cerrarte la puerta en tu propia cara.

Si una medida de la madurez emocional es la capacidad de establecer relaciones maduras de igualdad, también otra es la capacidad de estar sola, la capacidad de voltear tus ojos hacia adentro, con miras a fortalecerte a través de la introspección y el autoconocimiento; de reconocer tu propia unicidad. Quizá te haga sentir más sola al principio, pero te conduce a la toma de conciencia de tus propias necesidades, impulsos y emociones: es tu regreso al ser. También es la capacidad de estar a solas con la divinidad, para tocar esos sentimientos y pensamientos más profundos que dan lugar a un estado armonioso, como dice el poeta Machado: "quien habla solo espera hablar con Dios un día".

La soledad está implícita en la condición humana, a la hora de la hora nadie puede gozar por mí, dolerse por mí, morir por mí y nadie puede darle sentido a mi existencia; esta es la naturaleza de la condición humana. Hay que responsabilizarnos, cada quien, de su soledad: sufrirla, aprovecharla y disfrutarla.

LAS MUJERES Y EL DERECHO A SUS SEXUALIDADES

Dasha

A mi nieta, Raziel Dasha

Libera tu luz que resplandece,
abraza tu sombra que fortalece,
siega tu ser que te aflorece,
¡celebra, mujer, lo que la Diosa ofrece!

En 1068, un grupo de mujeres normandas exigieron a Guillermo el Conquistador que diera a sus maridos licencia para regresar a casa, porque los requerían para satisfacer sus necesidades sexuales. Hasta ahí, bien. Pasarán los años. Cuatro siglos después, las mujeres debían cubrir sus orejas en público porque la Virgen María había concebido a su hijo por ese órgano, según un dictamen de la Iglesia católica.

No cabe duda que la sexualidad es una función de su época: a través del último milenio las actitudes hacia las sexualidades de las mujeres han reflejado vertiginosamente el ir y venir del pensamiento moral, científico y religioso de la sociedad.

¿Qué es la sexualidad?

El diccionario dice que es tener las características funcionales y estructurales del sexo; la disposición de ejercer la actividad sexual. En realidad, no podemos hablar del tema solamente en términos de lo que hacemos con los genitales, y menos de *la sexualidad de las mujeres* como si hubiera una sola manera de sentirla y expresarla. Sea lo que sea para los hombres, la sexualidad para las mujeres constituye en todo una gama de vivencias y expresiones que no son sólo genitales. Involucra todo el cuerpo y se experimenta de distintas maneras en distintas culturas y épocas; también en distintos momentos del ciclo de vida, desde el primer placer de mamar el pecho de la madre, el descubrimiento avasallador del encuentro del cuerpo propio con el de otro, pasando por la experiencia del embarazo, el encuentro con la menopausia, la dulce sexualidad crepuscular de la mujer vieja. La sexualidad también tiene que ver con el placer de vivir, con la comunicación, el deseo de dar y recibir palabras, miradas, risas, caricias, atención y comprensión.

Si nos preguntamos, en verdad ¿cómo son las sexualidades de las mujeres?, ¿cómo, hacia quién o quiénes las pueden dirigir?, ¿es aceptable buscar activamente la satisfacción sexual?, los actos y los sentimientos sexuales ¿deben de producir plenitud?, ¿vergüenza?, ¿culpa?, ¿cómo puede una mujer definir y afirmarse sexualmente a través de su vida?

Exploraremos distintas formas de concebir la sexualidad para las mujeres, su desarrollo y expresiones. Vamos a referirnos a cómo las mujeres se definen y se afirman a

través de su vida: la adolescente, la célibe, la heterosexual, la lesbiana, la bisexual y la vieja.

Todas y todos nacemos con una potencialidad sexual genética. Aprendemos a expresarla e inclusive a sentirla por medio de reglas sociales y culturales, según lo que cada cultura considere apropiado. Aunque la mujer cambia, desarrolla o modifica las expresiones de su sexualidad a través del ciclo de su vida, la cultura siempre nos indica los parámetros de la sexualidad "normal" y de acuerdo a cómo definamos la sexualidad es como la vamos a vivir.

¿Qué significa la renombrada normalidad sexual? Según Leonore Tiefer (1995), hay cuando menos cinco perspectivas desde donde contestar:

- 1) *La subjetiva*: según esa definición, yo soy normal y también lo es cualquiera que se parezca a mí.
- 2) *La estadística*: la conducta más común es la normal, la menos común es la anormal.
- 3) *La ideal*: normal es igual a perfecto, o sea, alcanzar el sumo grado.
- 4) *La de nuestra propia cultura*: sin darnos cuenta, es la norma que utilizamos la mayoría del tiempo. De ahí se explica por qué nuestra idea de los parámetros a seguir en nuestra cultura y en nuestra época, no siempre concuerda con los parámetros de otros países, regiones, culturas, religiones, o etapas históricas.
- 5) *La clínica*: la norma clínica utiliza datos científicos sobre la salud y la enfermedad para formar juicios. Según la definición clínica, no importa si se trata del siglo veinte o del décimo, de la Europa industrial o el África rural; son opiniones emitidas en un lenguaje científico, al parecer absolutas.

De ahí que la mera existencia de normas o reglas sexuales funcione como control social al tener efectos psicológicos negativos para las personas que se desvíen de ellas. Las normas de lo que se considera sexualmente apropiado o normal están dirigidas por la cultura patriarcal para el control de la conducta de las mujeres, por ende, es indispensable que ellas no desacaten las normas.

Por esa razón, en la actualidad resulta difícil hablar con certeza de cómo sería la sexualidad de las mujeres si no existieran esos parámetros. Por primera vez en la historia podemos separar el coito de la procreación; sin embargo, la famosa liberación sexual que empezó en los años 60, partió de la perspectiva masculina que define a la mujer a través de su cuerpo y su sexualidad en la capacidad de despertar el deseo del hombre.

A las mujeres les ha faltado lo que se podría llamar el "discurso de su propio placer" como parte del entendimiento de su sexualidad.

Según las declaraciones de la Asociación de las Mujeres en la Psicología (The Association for Women in Psychology), cualquier estudio sobre la sexualidad de las mujeres debe de ser hecho por mujeres y su sexualidad definida por ellas. Proponen que las mujeres tienen el derecho de crear su propia identidad sexual, sin que por ello el resultado sea la opresión de otro ser humano; por lo tanto, todas las formas de expresión sexual son viables y

válidas. Habla de la elección individual más que de categorías conductuales que limiten su expresión sexual, y que esta elección puede cambiar conforme varíen sus circunstancias; aunque las viejas etiquetas y categorías son poco satisfactorias, proponen utilizarlas mientras no se encuentren otras mejores.

Recurren a las siguientes categorías: la mujer sexualmente abstinente o sexualmente célibe, la mujer heterosexual, la mujer lesbiana y la mujer bisexual; vamos a añadir la adolescente y la mujer vieja, etapas en que las mujeres pueden pensar en su sexualidad a través de su vida para lograr una elección libre, partiendo de su experiencia, intereses y necesidades.

La mujer adolescente

Para las jóvenes adolescentes habrá aumentado mucho la información sobre la educación sexual que se proporciona en las escuelas, en cuanto a la biología reproductiva y las enfermedades sexualmente transmisibles; sin embargo, se les dice poco de la sexualidad como una conducta intrínsecamente placentera, de su cuerpo como fuente de placer propio. Tampoco se les habla de la relación entre la sexualidad y los sentimientos, de cómo entender la atracción sexual y del papel que juega la sexualidad frente a sus necesidades psicológicas. Por el contrario, al llegar a la edad de la adolescencia sexualmente activa, han recibido muchos mensajes que definen su cuerpo y su sexualidad puestos al servicio de despertar el deseo en otro, en aras de conseguir pareja, casarse, tener hijos y crear una familia. La sexualidad con un fin social y no como elección propia.

La mujer abstinente

Vivimos en una época sexualmente promovida e impulsada. Si se desea ser sexualmente libre se debe incluir también la opción de rechazar las presiones sociales para elegir el celibato, aunque la mujer célibe que lo elige voluntariamente es vista con desconcierto, a menos que sea por razones religiosas.

Sentirse sexualmente deseable puede ser importante para las mujeres, porque la sociedad les ofrece pocas vías para ser visibles y valiosas. Sin embargo, muchas mujeres descubren importantes ventajas en la abstinencia sexual, ya sea por temporadas o como estilo de vida, y encuentran que pueden vivir una vida satisfactoria y creativa absteniéndose sexualmente; descubriendo aspectos desconocidos de su ser, que resultan a veces en una nueva energía y libertad.

La mujer heterosexual

La sexualidad existe por sí sola, con o sin un objeto; también puede dirigirse hacia los objetos culturalmente designados, aunque no es así necesariamente. Hasta la fecha no se

comprenden a fondo las razones de la atracción sexual, ni porqué se da la atracción hacia el sexo opuesto y/o al mismo sexo.

Nuestra cultura considera la actividad de la mujer heterosexual como la sexualidad normativa, o sea, la deseable y apropiada. Para la Iglesia católica, es permitida con fin procreativo y dentro del matrimonio; la sexualidad fuera del matrimonio, que no está orientada hacia la reproducción, es vista como una desviación pecaminosa. Según las declaraciones de la Asociación de las Mujeres en la Psicología, las mujeres tienen el derecho a dirigir su actividad sexual hacia el placer, y si así lo desean, hacia la procreación. La mujer heterosexual autoafirmativa es la que se inclina libremente hacia el sexo opuesto y escoge construir sus relaciones basada en la premisa de la igualdad, a pesar de las presiones culturales.

La mujer lesbiana

La mujer lesbiana se relaciona emocional y sexualmente con otras mujeres. Para algunas mujeres esta preferencia sexual se manifiesta desde la niñez; para otras resulta ser una elección en la edad adulta, inclusive en la vejez. Dado que el poder patriarcal exige que la mujer dé su apoyo y su energía emocional primordialmente al hombre y a sus hijos/as, asumirse como lesbiana tiene implicaciones políticas y resulta un cuestionamiento a la estructura social tradicional. Existen algunas creencias comunes alrededor de la mujer lesbiana: es una mujer que rechaza su feminidad; es su reacción al abuso sexual; es una fase en su desarrollo normal; es el resultado de una fijación madre-hija, o finalmente, es resultado de un desequilibrio hormonal.

En efecto, el origen de la elección lésbica es tan complejo y misterioso como puede ser la explicación de cualquier relación humana de amor y atracción sexual. Los estudios que se han hecho de parejas altamente comprometidas, sean heterosexuales o lésbicas, revelan que existen pocas diferencias entre los dos tipos, en cuanto a su adaptación a la relación. Ambas mostraron altos índices de cercanía, afecto, respeto y cuidados mutuos. Al igual que las parejas heterosexuales, las lésbicas perciben mayor satisfacción cuanto más equitativa sea la relación; aunque las parejas lésbicas parecen tener mayor posibilidad de formar una relación de igualdad, quizá dada la circunstancia de que la pareja heterosexual tiene que hacer mayores esfuerzos para romper los patrones patriarcales de desigualdad de género.

La mujer bisexual

Los mamíferos tienen el potencial genético de sentirse atraídos tanto hacia el sexo opuesto como hacia el mismo sexo, aunque la cultura decide de antemano cuál es el objeto amoroso conveniente. A las mujeres que se consideran a sí mismas bisexuales, se les tilda frecuentemente de lesbianas encubiertas o de heterosexuales en busca de novedad sexual.

Sin embargo, las mujeres que se autoidentifican como bisexuales suelen decir: "para mí no es el sexo de la persona lo que me atrae, sino la persona en sí; tanto me puedo

enamorar de un ser humano que es hombre, como de una persona que es mujer; lo que me atrae es la persona en particular". Otras dicen que su relación con un hombre o una mujer es cualitativamente diferente. Lo anterior nos hace pensar que las categorías rígidas de "heterosexual" y "lesbiana" son más fluidas de lo que parecen y que es demasiado fácil catalogar a la persona en un sentido o en otro.

La mujer vieja

Las crónicas del padre Bernardino de Sahagún contienen una anécdota ilustrativa de la sexualidad de las mujeres mayores. Un grupo de viejas de cabello blanco que están acusadas ante el gran señor de Texcoco, Netzahualcóyotl, de tener relaciones con hombres muy jóvenes, le responden:

"Vosotros los hombres cesáis de viejos, de querer la delectación carnal, por haber frecuentádola en la juventud, porque se acaba la potencia y la simiente humana; pero nosotras las mujeres nunca nos hartamos ni nos enfadamos de esta obra, porque es nuestro cuerpo como una cima y como una barranca honda que nunca se hincha, recibe cuanto le echan y desea más y demanda más, y si esto no hacemos, no tenemos vida". (Tuñón, 1987)

La imagen persistente y estereotipada de la mujer mayor de 60 años es la de un ser asexual; sin embargo las investigaciones más recientes indican que las respuestas sexuales de las mujeres suelen modificarse hasta después de los 70, cuando se inician los cambios fisiológicos, lentos y graduales.

La *Celestina*, de la famosa obra del siglo XVI, tenía 70 años y decía: "Vieja como estoy, Dios sabe que todavía tengo ganas". Las respuestas fisiológicas, como la lubricación vaginal, ciertamente tardan más en la mujer vieja, aunque se modifica con el uso de cremas de estrógenos y actividad sexual regular. Inclusive la mujer de 80 años puede seguir teniendo respuesta sexual, dado que el clítoris, como en la joven, para ella sigue siendo excitable.

El hecho es que, para la mujer mayor, la barrera principal para la vida sexual activa es en muchos casos la falta de pareja. También es verdad que para algunas mujeres viejas la ausencia física de la sexualidad puede ser de su agrado, porque nunca les fue muy grata o porque han establecido otras prioridades.

La vejez suele afectar la autoimagen sexual, tanto en los hombres como en las mujeres; para las mujeres es particularmente impactante, dado que la cultura patriarcal valora sobremanera su atracción física y su capacidad de despertar el deseo sexual en los hombres. Al perder la frescura corporal juvenil las mujeres tienden a disminuir su autoestima,

la confianza en sí mismas y el sentido de identidad como un ser sexuado. Como consecuencia, optan por aislarse y desconocer sus deseos sexuales y emocionales.

Para algunas mujeres mayores la vida de ternura e intimidad en la vejez puede significar la opción de recurrir a un hombre más joven, a otras mujeres o incluso, a hombres casados. Otras aceptan su sexualidad gozando sus fantasías y creando alternativas al coito, como son la autogratificación o la abstinencia.

¿Cómo podemos pensar en la autodefinition sexual de las mujeres? Siguiendo las propuestas de la Asociación de las Mujeres en la Psicología, la mujer que se autoafirma:

- 1) Goza la relación con su propio cuerpo;
- 2) Tiene experiencias sexuales por elección libre, no basadas en criterios y exigencias externas;
- 3) Se permite vivenciar y experimentar su propia sexualidad;
- 4) Se guía por sus propias normas y se mide por su propia experiencia e interés;
- 5) Es consciente de que las relaciones sexuales y emocionales tienen su propia complejidad;
- 6) Sabe pelear, acordar, perdonar y negociar; abandonar una relación que resulte demasiado costosa;
- 7) Busca una relación de igualdad, tanto en lo emocional como en lo sexual;
- 8) Al ser partícipe activa en una relación, siente la libertad de ser iniciadora y pasiva, nutricia y receptiva, juguetona y seria, productiva y apropiativa.

En suma se permite amar, ser agresiva y constructiva. Y esta es la medida en que ejerce el derecho a ser en completud ella misma. Se atreve a ser persona.

Bibliografía:

- Tiefer, Leonore (1995), *Sex is Not a Natural Act*. Westview Press, Inc.
- Tuñón, Julia (1987), *Mujeres en México*. Editorial Planeta.

LA MIRADA DE LA MADRE

Celia Ruiz Jerezano

Para mi nieta Carolina

La relación madre e hija, la vinculación primaria y primordial de nosotras, las mujeres, es lo más borrado en la cultura; no aparece, ni aparecemos, en los textos ni en el orden sagrado. Solo sabemos que existe porque es real, concreta, pero difícilmente nombrada. En este ejercicio de reflexión, haremos que surja para conocer nuestros orígenes.

La base de mi exposición serán los siguientes conceptos :

1. Que todas las personas llegamos a ser seres humanos a partir de identificaciones. Necesitamos una otra y/u otro con quien relacionarnos y desear parecemos a ella/él para surgir como personas.
2. Que todos los seres humanos nacemos de una mujer que llamamos madre y la mayoría somos cuidados por ella en nuestra edad temprana.
3. Que esta historia produce muchas fantasías y toda una dimensión imaginaria sobre el cuerpo de la madre.
4. Que la diferencia sexual se logra establecer al darnos cuenta de que las mujeres somos iguales a la madre, o diferentes a ella, esto es, los hombres.
5. Que la ubicación, la posición, con respecto a nuestra madre va a ser diferente si somos mujeres u hombres. E igualmente para nuestra madre. Ella se ubica, se posiciona diferentemente, ante una hija que ante un hijo.
6. Que generalmente sus actitudes, su transmisión, la manera en que manifiesta sus afectos positivos y negativos va a ser diferente ante una hija que ante un hijo, tomando en cuenta que su subjetividad, su interiorización de la cultura, la ha constituido de una manera determinada como madre. Es decir, la cultura la define como este “*ser para otros*” y ella atrapa esta definición que le da identidad. Y, viceversa, las hijas e hijos viven a su madre como un “*ser para los otros*”, que no tiene deseos propios, para sí misma, sino que sólo tiene los deseos de cumplir lo que los otros desean.
7. Que la mujer buscará permanentemente la mirada de reconocimiento de la madre que ésta no puede darle porque, como veremos más adelante, ella no es sujeto en la cultura.
8. Que la mujer, al darse cuenta de que la madre no puede darle este reconocimiento, voltea hacia el padre, que sí es sujeto y más tarde hacia el hombre, y

posteriormente hacia la cultura misma donde, al igual que en la madre, no encuentra significación.

9. Que aunados indisolublemente a este posicionamiento se encuentran los valores, las significaciones de la cultura, que van a ir reforzando estas diferencias, lo que se denomina la categoría de género.
10. Que las ideas, la imaginación, los afectos y el lenguaje en que se expresa el género, ya sean imágenes, símbolos o comportamiento, van a impactar la manera en que vivimos y nos valoramos.
11. Que género es la forma como la cultura significa la diferencia sexual.
12. Que los hombres tienen pene y las mujeres vagina, pechos y útero, y que los hombres contribuyen con el semen y las mujeres con su cuerpo a la creación de la vida, es una diferencia sexual. Lo que la cultura hace de esto, cómo lo valora, cómo lo significa, es el género.

Yo no voy a hablar de la relación real, lo que se puede ver entre la madre y la hija, más bien quiero hablarles de la madre interna y del fantasma materno, aquello que se da en nuestro interior, que conforma nuestra subjetividad, y de la relación que vivimos dentro de nuestro ser con nuestra madre interna. Voy a tratar de dilucidar un poco el género visto internamente, ya que la subjetividad es el género vivido.

Los hombres, al darse cuenta de la diferencia sexual y de la valoración que la cultura hace de esta diferencia, se separan de la madre, hacen un corte y voltean hacia su padre real y/o cultural para su identificación con la promesa de que en el futuro, cuando sean hombres, podrán tener una madre-esposa.

Las mujeres, si hacemos una elección heterosexual, tendremos que abandonar a la madre como objeto de amor, pero no como objeto de identificación. Aquí empiezan los problemas para la mujer con esta dualidad que la lleva a muchas ambivalencias y a una crisis de identidad porque, por un lado, sigue unida a la madre en su identificación con ella, hay una continuidad en donde no hay corte; y por otro lado, la tiene que abandonar para transferir su amor a un otro diferente a la madre. Este es el primer abandono, el abandono a nuestra madre.

Cuando la mujer voltea hacia la cultura, encuentra que como mujer está excluida históricamente, y como madre está incluida como objeto, sin deseos propios, solo un “ser para otros”, como ya lo mencionamos. No encuentra símbolo de mujer, pues ser mujer es expresar y gratificar deseos propios, y eso está en contradicción con ser madre y femenina, quien solo desea el deseo del otro o lo que los otros desean.

Una identidad continua con la madre, en donde nos miramos como en un espejo, es una identidad con un objeto devaluado simbólicamente por la cultura patriarcal. Como sabemos todas, el valorado, el significado, es el padre, el hombre.

Entonces nos aferramos a lo real de la madre, a la que nutre, a la que cuida la vida, tanto física como psíquicamente, para poder tener una identidad valorada, lo que se denomina “valores femeninos”. Pero aferrarnos a una real nos atrapa, nos vuelve estáticas, solo ejercemos acción constreñida y, si no la hablamos, acción no valorada. Por todo esto desarrollamos mucho resentimiento contra nuestra madre.

Aunque la idea de la madre se idealice, esta idealización esconde una devaluación. La madre produce al ser material, de carne y hueso, dentro de su cuerpo que es también de carne y hueso, y que está sujeto a la muerte. El padre, en la cultura patriarcal, produce el espíritu, lo permanente, lo inmortal.

Estos son los fundamentos que estructuran la identidad femenina, incluyendo el deseo materno y el deseo de la mujer.

Ahora, trataremos de ver cómo estructuramos internamente todas estas fantasías, imaginaciones, ideas y contradicciones para poder existir siendo mujeres y, como dice una película española famosa, “no enloquecer en el intento”.

Esta madre que llevo dentro de mí, que también soy yo misma, está compuesta de todo esto que acabamos de leer y quien sabe de cuánto más. Mi relación con ella es ambivalente: le tengo cariño, necesito su cercanía, su atención, su mirada, su empatía para reconocermme como mujer valorada, y también la odio, porque es el espejo donde me veo, que me refleja la imagen devaluada por la cultura y parcializada sólo como madre, y en el mejor de los casos le tengo resentimiento y necesito alejarme de ella, saber que ella es *ella* y yo soy *yo*, y que no tengo por qué seguir su destino.

Esta oscilación entre el amor y el odio hacia la madre perturba mucho, preferimos olvidarnos de ella internamente, dejarla en el olvido y dedicarnos a amar a otros. Pero resulta que la madre dentro de mí surge, ya no en el pensamiento o sentimiento, sino en la acción y me veo haciendo lo que ella hizo, sometiéndome; y si no sometiéndome, muy enojada tratando de preservar algún derecho, y es como si le reclamara a la madre: Tú tienes la culpa, ¿por qué no te liberaste de un destino tan estático?, o, ¿por qué disfruto estar apegada y necesitada de otros como lo estuve contigo, a tal extremo que dejo de ser yo, desaparezco con tal de que otros se apeguen a mí, como yo me apegué a ti o como tú te apegaste conmigo?, ¿por qué nuestra relación no aparece en la conciencia, en el lenguaje, en la cultura, para que la pueda yo reflexionar, entender, modificar, trascender y hacer cultura de mujer, para no vivirme entre el amor y el odio, o en el vacío? Madre, ¿por qué no hablas, y por qué no me hablas?, ¿por qué tengo que rivalizar contigo, competir contigo, sentir culpa por el abandono? Porque te dejo muy sola, sin cultura de mujer.

Igualmente le pasa a la madre con la hija, pues la identidad de la madre está estructurada igual que la de la hija. Como la cultura no le ofrece símbolos valorativos de mujer, se aferra a los hijos, al hogar, a la familia. Se vuelve, como se dice, “abnegada”. Pero una madre abnegada esconde también mucho resentimiento contra esos reales que la constriñen, por quienes dio su vida y luego la abandonan. En estas relaciones de tanta dependencia hay mucha agresión. Tal vez esto sea una razón por la que no se habla de la relación madre-hija.

Un ejemplo de esta falta de simbolización de la que hablo, es el hecho de que muchas mujeres, generalmente adolescentes, se embarazan para tener identidad, para separarse de la madre, para individuarse y sentir que son alguien, que están diferenciadas. Nuevamente ejecutan un acto, por esta falta de símbolos que pasen por la palabra el deseo materno y el deseo femenino.

Hasta ahora no he encontrado ningún escrito o teoría que explore el placer de ser mujer. Será porque las mujeres no hablan de esto. Ya vimos cómo se estructuran la identidad femenina y los deseos femeninos. A la mujer no le queda otra que gratificarse como objeto, no siendo, desvaneciéndose, desapareciendo o aniquilándose como persona. Todas estas maneras de *ser* tienen que ver con muerte psíquica. Por un lado, se la define como cuerpo, porque dentro de ella concibe la vida, o contiene el pene del hombre; el cuerpo está sujeto al deterioro y a la muerte. Por otro lado, se la define como objeto. Si es madre, objeto materno, no tiene deseos propios, es un ser para otros; y si es objeto sexual, igualmente solo responde a los deseos del otro, es un sexo para otros.

En ambos casos, tanto sus deseos físicos o psíquicos la llevan a lo que el inconsciente vive como muerte. Esto da cuenta del placer masoquista de la mujer. Hablar de la mujer en estos aspectos, es como hablar de la droga: se dice lo terrible que es, pero nunca nadie habla del intenso placer que sienten los que toman drogas. Claro que esto es una manera poco desarrollada de ser mujer y de gratificar los deseos. Afortunadamente también tenemos deseos de vida y de movimiento, pero hay que reconocer y renunciar a esos deseos de muerte, para aprender nuevas maneras de ser y de desear.

Algunas mujeres tratan de salir adelante, de ser diferentes, de tratar de gratificarse más vitalmente y sienten que no pueden, que el placer no es tan grande, se sienten fracasadas en su intento y culpables. Pero si comprendemos cómo nos define la cultura y cómo nos estructuramos con sus significados, tendremos más armas para la lucha y mejor comprensión de nuestras dificultades, lo que da la posibilidad de vencerlas.

Por último, nuestra madre también nos dio amor y nos transmitió deseos de vida, si no, no estuviéramos aquí en la lucha por la valoración de las mujeres. Lo más difícil para la mujer es amar a su madre. La cultura patriarcal no se lo permite, ésta tiene miedo de que si la mujer ama a su madre ya no va a amar a los hombres. Cosa más aberrante, pues solo es a partir de que amo como puedo identificarme con lo valorado de la otra, como puedo sentirme valiosa y, por lo tanto, amarme a mí misma y a otros, amar la diferencia y lo diferente, por ejemplo, a los hombres.

Todo esto nos transmitió nuestra madre mostrándolo, viviéndolo. Lo único es que ella no escribió libros sobre este dar vida, y el cuidado de la vida, y aunque son parte de nuestra identidad y el fundamento de nuestro deseo de ser madres, ya sea biológicas y/o simbólicas, como estos deseos no están hablados ni escritos están sumergidos en la inconsciencia, tienen el destino de los sueños y no aparecen como historia y cultura; de ahí que se deslice un sentido de inferioridad y, de alguna manera, de inexistencia en el universo del discurso hacia la identidad de la mujer, sus deseos, su producción y su creación.

Para que la mujer pueda nombrarse y significarse en la cultura, primero tiene que reconocer su dependencia y sus odios hacia su madre interna, pues su madre interna es parte de ella misma y, por lo tanto, la mujer reconocerá cómo ella misma se odia y se devalúa, cómo ella misma le da un estatus de inferioridad a la mujer y de superioridad al hombre.

Sólo así podrá surgir desde dentro el amor hacia la madre, la valoración de la madre y la identificación con un objeto valorado. Es a partir del amor hacia la madre que se puede hacer cultura de mujer, así es como la mujer se puede crear y recrear a sí misma, por medio del arte, la espiritualidad y las ideas que la reflejan.

Cada vez que surjan dentro de ustedes sentimientos de resentimiento hacia sus madres, acéptenlos, están queriendo decir algo: están protestando por tener un objeto de identidad devaluado por la cultura.

Si la madre real no se queda dentro de las definiciones patriarcales, puede ser una madre muy interesante, muy estimulante, muy creadora y creativa. Reconstruyamos la imagen de nuestra madre para poder reconstruirnos a nosotras mismas.

El mito de Deméter y Perséfone

En la antigua Grecia, en la isla de Creta, se celebraban los misterios de Eleusis. Estas festividades eran ritos de fertilidad para propiciar una buena cosecha. Ahí copulaban las diosas con los dioses en el otoño para impregnar la tierra.

Deméter, la diosa de la Tierra, del mar y de la agricultura, tenía una hija llamada Perséfone, que era también hija de Zeus. Hades, el dios del Inframundo, se enamoró de Perséfone y pidió su mano a Zeus. Éste se rehusó porque sabía que Deméter, la madre, no lo perdonaría nunca si accedía a tal matrimonio. Hades se enfureció y raptó a Perséfone mientras ella cortaba flores en la pradera. Deméter vagó por todos lados, buscando a su hija durante nueve días y nueve noches, sin descansar y sin comer, llamándola todo el tiempo. Al décimo día juró que la tierra quedaría estéril, que los árboles no darían frutos ni la hierba crecería si no le regresaban a su hija, Perséfone.

Zeus envió un mensaje a Hades informándole que, si no la regresaba, todos estaban perdidos. Hades respondió pidiendo que la dejaran quedarse con él durante seis meses de cada año, y que los otros seis meses los pasaría con su madre, en virtud de que Perséfone ya había comido siete semillas de una granada, que era el alimento de los muertos en el

inframundo y había sido impregnada. Al oír esto, Deméter estuvo de acuerdo con el arreglo. En el otoño e invierno, Perséfone permanecía con Hades en el Inframundo; y en la primavera, cuando las flores renacían, y el verano, cuando se recogía la cosecha, regresaba con su madre, quien la recibía gozosamente con un abrazo.

Escogí este mito porque es pre-patriarcal. Aquí la madre es un sujeto que expresa el dolor por la pérdida de su hija. Además la relación madre-hija está conectada a la vida, la primavera y el verano, cuando las flores renacen y se recoge la cosecha.

Se sospecha, o al menos yo sospecho, que la continuidad de la especie, más allá de la cópula del hombre y la mujer, está basada en la relación madre-hija. ¿Por qué digo esto? Porque tiene que haber una relación amorosa, generosa, al principio de nuestra vida, con nuestra madre, para que yo, su hija, me vuelva persona valorada y acepte mi cuerpo y su cuerpo, también valorado.

Es desde estas profundidades de donde surgirá mi deseo de ver a los otros como personas valiosas; y este deseo es el fundamento de querer dar vida, cuidar la vida y cuidarme a mí misma en todos los aspectos: físicos, emocionales, intelectuales, productivos, creativos y espirituales, para poder lograr hacer extensivo el deseo original de mi madre al darme la vida física y psíquica. Una muestra de que así fue es que estamos vivas, creativas y luchando.

Bibliografía:

- Beauvoir, Simone de (1953) *The Second Sex*. Vintage Books. New York.
- Burin, Mabel (1987) *Estudios sobre la Subjetividad Femenina. Mujeres y Salud Mental*. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires.
- Chodorow, Nancy (1989) *Feminism and Psychoanalytic Theory*. Yale University Press. New Haven and London.
- — (1978) *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press. Berkeley.
- Doane, Janice y Hodges, Devon (1992) *From Klein to Kristeva*. The University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Freud, Sigmund (1925) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. En *Obras completas*. Vol. 19, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.
- — (1931) *Sobre la sexualidad femenina*. En *Obras completas*, Vol. 21, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.
- — (1905) *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. En *Obras completas*, Vol.7, Amorrortu Editores, Buenos Aires. 1976.
- Klein, Melanie (1980) *Envidia y Gratitud*. Paidós, Buenos Aires.
- Lefkowitz, Mary R. (1986) *Women in Greek Myth*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Miller, Jean Barker (1986) *Toward a New Psychology of Women*. Beacon Press, Boston.
- Newman, Erich (1955) *The Great Mother*. Princeton University Press, Princeton, N.J.
- Rifflet-Le Maire, Anika (1970) *Lacan*. Hermes Sudamericana. México.
- Ruiz Jerezano, Celia (1994) *Maternidad y Subjetividad*, en *Repensar y Politizar la Maternidad*. Ed. Grupo de Educación Popular con Mujeres, A.C. (GEM), México.

LA SOLEDAD Y LA SUBJETIVIDAD

Celia Ruiz Jerezano

Para mi hija Jennifer

“Solo adquiere soledad el que de algún modo y en algún
sentido ha logrado identidad, que es quietud,
reposo y certidumbre”.

María Zambrano

Subjetividad tiene que ver con sujeto que es opuesto a objeto, a cosa. Por lo tanto, tiene que ver con vivencias internas, con la interioridad, con experimentarse a una misma: nuestras pasiones, nuestros deseos más profundos, los que salen del abismo, nuestros sufrimientos, nuestro dolor, nuestras pérdidas, nuestra identidad, nuestros logros, pero experimentados en forma activa, no pasivamente. Es todo eso que está ahí dentro, que no es tangible, es lo que nos hace ser, existir como humanas.

Lo distintivo del sujeto del psicoanálisis, que es mi disciplina y desde donde yo hablo, modificada por el feminismo, es el *deseo*. Por lo tanto, el psicoanálisis habla del sujeto de deseo. Otras disciplinas, como la antropología, estudian al sujeto de poder, la filosofía estudia al sujeto de conocimiento. Se es sujeto cuando una está a cargo de su deseo, no cuando una es esclava de su deseo. Por ejemplo: si lloramos porque no somos amadas por nuestros padres, hermanas/os, pareja, etcétera, y sólo nos quejamos, sufrimos sin reflexionar, entonces somos esclavas del deseo de ser amadas.

Pero si reconocemos el deseo, lo aceptamos y reflexionamos porqué sufrimos tanto, o porqué el otro no responde como deseamos, o porqué esta necesidad de ser amadas (que en la mujer es la manifestación de que la cultura no la reconoce como sujeto, entonces ella trata por todos los medios de que la reconozca el que sí es sujeto; como si por ósmosis le fuera a entrar eso de ser sujeto, como si se pudiera contagiar y ella hace lo imposible para lograrlo hasta el punto de ponerse como objeto, como cosa para el otro, que es exactamente como no va a lograr ser sujeto. Le sale el tiro por la culata).

Eso que dije entre paréntesis es una reflexión. Si llega a ser parte de mí, entonces, pasa a otra dimensión y si en lugar de estar sufriendo pasivamente, empiezo a ser activa en el sufrimiento, porque yo no digo que se quite el dolor de no ser reconocida como sujeto por la cultura y de que nosotras mismas no nos reconozcamos así; sencillamente digo que pasa a otra dimensión.

Ni el psicoanálisis ni el feminismo prometen la gloria o la felicidad, pero creo que sí prometen llegar a ser sujeto. Eso no quiere decir que todo mundo que vaya a psicoanálisis o se forme dentro del feminismo llegue a ser sujeto; más adelante veremos las dificultades. Pero, en los instantes fugaces en que se tiene la vivencia de *Ser Sujeto*, una puede estar contenta de estar viva, de vivir.

Ahora bien, ¿por qué la necesidad de ser amada y no la necesidad de amar, que me constituiría en sujeto si se hace consciente? Porque como soy mujer y tengo el mismo cuerpo que la madre, el otro siente que me lo voy a tragar, que lo voy a aniquilar con mi deseo, que va a desaparecer dentro de mí, por eso tengo que jugar mi deseo como objeto, de manera pasiva “ser amada”. Esto se manifiesta continuamente en lo cotidiano: esperar que el hombre tome la iniciativa, esperar que el hombre llame, esperar que el hombre saque a bailar, esperar que el hombre muestre su deseo, y la mujer se lo cumple, porque él sí es sujeto.

Esto que acabo de decir también se aplica a las relaciones no heterosexuales. Lo femenino se vive como cuerpo pasivo, receptivo, objeto; y lo masculino, como espíritu activo, fuerza propelente, sujeto, independientemente de los cuerpos reales, porque éstos ya están imaginarios de acuerdo a la cultura.

Definición de la soledad

Ahora pasaremos al tema de la soledad. Existen diferentes soledades, pero primero quiero hablar de una sensación avasalladora que es la ansiedad biológica primaria, es lo que sucede cuando una nace y es arrojada fuera del útero de la madre (la primera soledad, una soledad primaria). Es algo del instinto, casi animal. Y luego hay otro estado, el de angustia psíquica; esto ya es un sentimiento humano. Para llegar a esta angustia se requiere un puente, una transición, entre la ansiedad biológica primaria y la angustia psíquica, con la que todas estamos familiarizadas. Ese puente o pasaje transicional entre las dos angustias es la madre o cuidadora primaria. La madre calma la ansiedad primaria con sus cuidados y afectos, y así la bebé va estableciendo un vínculo, pero la ausencia de percepción de la madre, cuando ya hay vínculo, crea la angustia psíquica y nos humanizamos.

Los teóricos hombres dicen que nos humanizamos cuando hablamos, cuando desarrollamos lenguaje, pero para que el lenguaje funcione a la manera de lo humano, o sea que mi subjetividad se ligue al discurso, requiere de un vínculo primordial con otro u otra. Este vínculo está amenazado cuando se experimenta la ausencia de percepción de la madre, es el miedo a la pérdida total y para siempre de ese vínculo materno.

En español tenemos un término que define esta angustia psíquica, cuando nos separamos de una pareja o cuando perdemos una relación: “extraño el bulto” o “me hace falta el bulto”. Nos estamos refiriendo a esa angustia de falta de conexión antes del lenguaje y más allá del lenguaje. Quiero decir que la pérdida de una relación significativa nos lleva a esa transición cercana a la ansiedad biológica primaria de la ausencia de percepción de la madre. Quise enfatizar esta diferencia de la angustia porque nos puede servir para distinguir las soledades.

Como decía, hay diferentes soledades. Yo sólo voy a hablar de algunas. Mencionaré el aislamiento, el estado solitario, la soledad y los sentimientos de soledad y la soledad simbólica en la identidad de la mujer.

1. **El aislamiento.** Una se encuentra físicamente sola, no hay nadie alrededor. Ese estado puede ser voluntario, o bien, debido a causas ajenas.

2. **El estado solitario.** Ausencia de intimidad, ausencia de pareja, de compañía. Ese estado no necesariamente implica infelicidad, puede ser tolerado y, a veces, preferido o buscado para ocasiones específicas, o por necesidades tales como la contemplación, la meditación, el trabajo creativo.

3. **La soledad y los sentimientos de soledad.** Es el estado solitario, pero acompañado de una dolorosa conciencia y, en ocasiones, de angustia. La soledad es el estado solitario pero con la queja y la infelicidad de encontrarse ahí, de añorar la compañía, de querer deshacerse de la infelicidad de estar sola. Es un estado subjetivo, por lo tanto, interno, porque una puede tener compañía y sentirse muy sola, de tal manera que la esencia de los sentimientos de soledad se hacen más lúcidos cuando ocurren, precisamente, en la compañía de amigos o de personas íntimas.

Imagínense que Chéjov, el dramaturgo ruso, dijo: “Si tienes miedo a la soledad, no te cases”. La soledad es un desaliento, una desesperanza por la falta de una conexión emocional que evoque el vínculo primario materno (¡ojo!, no estoy diciendo la madre, sino el vínculo), y por conexión emocional también quiero decir sentir y saber que una es muy importante para alguien y que ese alguien es muy importante para una. Helen Deutsch, una psicoanalista, dice que una persona sufre de sentimientos de soledad porque no hay alguien para quien ella sea la número uno.

Cuando en la pareja no se comparten subjetividades, una se siente muy sola, empieza a aparecer la distancia que luego se convierte en abismo. Esto en grado menor es aplicable a todas las relaciones. Nadie escapa (escapamos) a los sentimientos de soledad. Tarde o temprano todas/os los vamos a experimentar. Asimismo, todas/os sentimos una respuesta de aversión a estos sentimientos, aunque de esta aversión no siempre nos percatamos.

Para mucha gente la mayor parte de su vida consiste en una huida de la soledad que algunas veces aparece de manera frenética o desesperada. La sociabilidad compulsiva es una de sus muchas manifestaciones encubiertas, por ejemplo, la de la persona que anda de fiesta en fiesta, de reunión en reunión.

Este estado emocional, aunque tenso, no es un desorden o enfermedad. Aunque el desorden emocional conlleva sentimientos de soledad, ya sean abiertos o escondidos, la persona que sufre de soledad no está emocionalmente enferma. Los que sufren desórdenes emocionales o mentales parecen estar más solos que aquellos que no padecen enfermedad mental.

Los seres humanos tenemos necesidad de intimidad interpersonal que dura toda la vida y su pérdida siempre causa una amenaza. La soledad de las personas deprimidas no es del mismo orden que un desapego real. Un desapego real produce un vacío porque aparentemente no hay vínculos, o los que hay son muy frágiles, remiten a esa ansiedad biológica primaria de la que hablábamos. Éste es un estado patológico y no me voy a referir

a ese profundo vacío de desapego real, porque no es el tema de este taller. Yo estoy hablando de cuando la persona está triste y duele y se siente sola porque hay añoranza de otro. Los anhelos de la persona amada expresan el deseo de desvanecer el miedo a la pérdida de amor, o sea, el miedo a la soledad. Hay una diferencia entre la angustia de separación y los sentimientos de soledad.

La angustia de separación es la anticipación o la realidad de la pérdida de una persona importante para una y está señalada por aprehensión, protesta o rabia, por un sentimiento de rechazo. Una se siente abandonada.

Los sentimientos de soledad son diferentes, es un estado de tristeza, de desaliento, de sentirse miserable, parecido a la depresión. Es un estado pasivo. No se convierte en una oportunidad productiva para corregir o compensar la pérdida. Si una experimenta que estos sentimientos son inadecuados y siente vergüenza, una niega la necesidad del otro, la falta, y aparece la intolerancia a la soledad en una y en los otros. Una tampoco aguanta percatarse de la soledad de los otros. Entonces la soledad se reprime junto con los sentimientos dolorosos que dan lugar a ella y aparece una superficialidad, una vacuidad.

La añoranza. Son recuerdos de algo o alguien que fue delicioso, gratificante y se desea poseerlo igual como en el pasado; si algo falta, una se pone triste, añora a la persona y los sentimientos y sensaciones asociados a ella.

Aburrimiento. También se experimenta la soledad como aburrimiento. Debemos mantenernos ocupadas, de otra manera confrontamos la nada en nuestra conciencia. La sensación de vacío, combinada con la añoranza y una ausencia de fantasías y pensamientos que conduzcan a la satisfacción dan como resultado el aburrimiento.

El nudo que une, que ata, que liga a los vínculos son los afectos, positivos o negativos. Una puede odiar a alguien, eso es estar vinculada, aunque en la polaridad negativa. El dolor en la soledad es cuando se siente que el vínculo se destruye, es el miedo, la desesperación a romper el vínculo, a destruirlo; se teme a la nada, al vacío, y al regreso a la *primera soledad*. Aunque la persona desaparezca, el vínculo puede mantenerse y aparece como anhelo.

En las y los pacientes que sufren de apatía también encontramos un sentimiento de vacío, pero aquí ya no hay añoranza del otro. Por ejemplo, una mujer promiscua sexualmente. Esta era la manera de establecer una relación interpersonal. Sentía que no tenía nada que ofrecer a nadie y agradecía cualquier calidez emocional que se le mostrara. La búsqueda de satisfacción sexual no era importante en su conducta.

Aquí deseo mencionar el uso inconsciente que la mujer hace de su cuerpo. Algunas mujeres, para evitar la depresión y los sentimientos de soledad tienen relaciones sexuales, aunque después deviene un sentimiento de vacío. Algunas otras tienen una hija/o cuando carecen de sentido. En la adolescencia es frecuente encontrar que las chicas se embarazan en un intento de separación de la madre, para individuarse, para lograr cierta autonomía.

La conexión con el mundo a través de sensaciones está relacionada con la seguridad en el útero. Cuando hay un deseo intenso de estimulación, de suspenso, de excitación y de diversión, se anhela un retorno a esa seguridad en útero. Este camino inevitablemente lleva a la soledad, vía el aburrimiento, ya que el interés en el mundo está limitado de manera impaciente a una gratificación inmediata de necesidades corporales que no permiten percibir adecuadamente al mundo, a las personas, a las cosas, a las ideas, etcétera (ya sean trabajos de arte, la naturaleza, la gente). El vínculo no perdura, las personas se aburren porque la sensación reemplaza el interés por el mundo o el ir tras él.

En el aburrimiento hay una fuerte sensación de frustración o bloqueo y la rabia está muy cerca, mientras que el sentimiento de soledad tiene una cualidad más pasiva. Por eso el aburrimiento puede ser una protección contra la soledad, para no caer en una actitud sin esperanza. El aburrimiento está más cercano a la protesta y la soledad a la resignación, con respecto a la pérdida.

Lo que queda después de que las gratificaciones conectadas con el cuerpo de la madre se han vuelto superfluas o a las que se ha renunciado, es la necesidad y el deseo de compañía, de estímulo o motivación, de atención, de protección y de guía. Podemos decir que el terror a la soledad es la expresión humana consciente del instinto de conservación que originalmente ató, ligó al infante a la madre. Así como que es el anhelo de esa seguridad arcaica de protección en útero.

Para poder estar sola, una tiene que sentirse separada y para eso se necesita un deseo de separación, un constituirse en una. Al constituirse en una aparecen sentimientos de soledad, por eso es que muchas mujeres prefieren sufrir y ligarse a través de la agresión o el dolor pasivo, para tener la ilusión de que no están solas, de que son dos unidos. Pero hay una oscilación entre deseo de separación y deseo de unión. No es que una esté permanentemente separada o permanentemente unida. Lo ideal sería que la oscilación no fuera tan amplia, que tendiera más hacia el centro, para lograr más frecuentemente la unicidad.

4. Ahora hablaré de la *soledad simbólica en la identidad de la mujer*. Como dije antes, cuando el estado solitario se vuelve doloroso es porque en realidad una no está sola, está poblada de fantasmas. ¿Y qué es esto de fantasmas? nosotras en psicoanálisis hablamos de fantasmas cuando no hay una persona real, o no se necesita ésta (porque si la hay, ni la vemos) para producir toda clase de imágenes, sensaciones, emociones, sentimientos, pensamientos, cuentos, narrativas, sueños, ensueños, fantasías, es decir, para producir una experiencia interna, una subjetividad; de tal manera que una se relaciona con otro/a que no necesita existir en la realidad, que nos habita y es más fuerte que una persona real. Yo creo que todos los fantasmas son malignos, por el hecho de que no existen y nosotras actuamos como si existieran. ¡Ah!, pero nosotras negamos esto y protegemos a nuestros fantasmas, si no ¿cómo vamos a gozar en esta cultura que no nos reconoce?

El estado solitario se vuelve gozoso cuando una ha dejado ir a estos fantasmas o, si no se van, cuando menos una sabe que son fantasmas, y si no son creados por una misma, son creados por la cultura, pero siempre son sostenidos y atrapados por una misma como

objetos de amor. Por eso, a nuestros muertos, o los quemamos o les ponemos toneladas de cemento encima para que no salgan y se nos vuelvan fantasmas perseguidores. Cuando una se da cuenta de que son fantasmas, el estado solitario se vuelve gozoso, entonces hay un surgimiento de fuerzas vitales y creativas que, antes, una desperdiciaba sosteniendo, atrapando, amando a sus fantasmas. Fuerzas vitales y creativas que estaban abismadas y detenidas o bloqueadas por la relación con los fantasmas.

En el caso de la mujer, el Gran Fantasma es el Hombre/Padre que le va a dar algo que no le puede dar la Madre/Mujer, porque la cultura se lo ha quitado, porque la Madre/Mujer está significada, está signada, está valorada como cuerpo, lo oscuro, lo innombrable, lo irracional, las fuerzas mortíferas. Pero como ya hemos visto, lo oscuro no es la madre, sino la percepción de la ausencia de la madre cuando éramos bebés, y ahora, de grandes, la ausencia de la Madre/Mujer valorada como fuente de vida en la cultura. No hay simbolización a través de un significante, dentro de la razón patriarcal, que represente a la Madre/Mujer como transmisora de vida, por eso quedamos del lado de la irracionalidad y de la muerte simbólica. Eso también es soledad, existe un vacío simbólico y es lo que yo llamo la soledad simbólica.

Ésos son los dos grandes fantasmas: la Mujer/Madre inefable, oscura, mortífera; es el cuerpo sin lenguaje. Como mujeres, es la base de nuestra identidad y el fundamento de nuestras profundas depresiones, vacío y soledad. El otro fantasma es el del Hombre/Padre que va a dar lo que la madre no tiene y por eso se desea poseerlo; va a dar la vida simbólica, el nombre del padre, el nombre del esposo, el significante que da significado y permite la entrada al orden simbólico que es patriarcal. Andar tras el Hombre/Padre está en las idealizaciones, en lo que el Otro es. Ese Otro puede ser el objeto de amor o la cultura, a quienes la mujer tiene acceso sólo por medio de su cuerpo.

Dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y los fantasmas, fantasmas son. La única manera de perdurar, de ser sujeto, paradójicamente, es dejando ir esos fantasmas culturales atrapados individualmente y aprender nuevos goces. Se puede amar a la madre no por lo mortífero sino por *vital*. Se puede amar al padre porque es humano, porque tiene cuerpo que va a morir.

Por eso mismo es muy difícil, que no imposible, para la mujer el pasaje de la soledad al estado solitario gozoso y creativo. El camino que yo y nosotras Las Reinas hemos encontrado y que estamos recorriendo, pero que se puede ampliar y es infinito como la inmensidad del Ser, es el constante cuestionamiento de la cultura patriarcal y sus fantasmas que nos hacen objeto y, por lo tanto, nos conducen a una determinada soledad; es la reflexión para llegar a ser sujeto, es el descubrimiento de sus propios fantasmas y cómo atraparlos para evitar la soledad, es el renunciamiento a goces mortíferos de *no ser*, para poder acceder al goce de *ser*.

Para esto, la mujer tendrá que atravesar conscientemente los dolorosos sentimientos de soledad de que hemos hablado; hacer el duelo de sus fantasmas para que surja el estado solitario, el que habrá de cultivar para dar paso a su creación y a su creatividad. Es paradójico que solo pasando por los sentimientos de soledad y cultivando el estado solitario

es como existe la posibilidad de dejar de sentirse sola, entonces es que puede acompañarse a sí misma como requisito para gozar de la compañía de los demás y permitir que otros gocen de la compañía de ella.

Los sentimientos de soledad siempre existirán, siempre estarán surgiendo, porque esta es la condición humana. Nadie puede nacer por nosotras ni para nosotras, pero al *no negarlos* se desvanecerán, aunque vuelvan a surgir dando paso, como ya he dicho antes, a la creatividad. Siempre se estará creando a sí misma. Es un trabajo de toda la vida, que nunca se acaba y también es un proceso, no algo que se logra y termina. Siempre hay que estarlo experimentando. Podemos transmitir el camino y dejarlo como legado a nuestras hijas y nietas para que lo amplíen.

No negar la dificultad de ser mujer en la soledad, para poder transmutar o transformar la experiencia de *No Ser a una Nueva Subjetividad*. Después de todo, tenemos la capacidad para simbolizar al útero como significante de la creatividad.

5. *La soledad en el deseo de la mujer*: Las mujeres hacen y cumplen el deseo del otro. Les es muy difícil desarrollar deseos propios. Lo femenino en la cultura es ser el deseo del otro o desear lo que el otro desea. Esta manera de constituir el deseo conduce inevitablemente a la soledad, aunque también tiene su ganancia: la mujer goza del otro y no sólo de sí misma.

En la constitución de su identidad la mujer desarrolla una permeabilidad entre yo y el otro, por el apego y la continuidad del apego con la madre, de ahí que pueda ponerse "en los zapatos del otro", ser empática y considerar al prójimo. Pero cuando esta permeabilidad está muy abierta, la mujer puede desaparecer en el otro. Este es un deseo y un goce femenino.

Cuando no existe ese otro, de quien la mujer es muy dependiente para que desee por ella, se experimenta una soledad muy intensa y un abandono. Por eso es recomendable que la permeabilidad o las fronteras de su yo sean flexibles, que no rígidas. Esto se logra asumiendo la soledad y la capacidad de unión, no la posesión; y desarrollando deseos propios, es decir, hacerse sujeto de su deseo. De esta manera se oscila entre el deseo propio y el deseo del otro, que podría ser una de las maneras de experimentar lo femenino y, así, acceder a una multiplicidad de goces.

Cuando se experimenta la ausencia del otro real en la subjetividad de la mujer, la soledad se vuelve abarcativa, penetrante; de ahí que Pita Amor, poetisa mexicana, dijera en su poema *Yo soy mi casa*:

Casa redonda tenía

De redonda soledad...

EL DESEO DE LA MUJER

Celia Ruiz Jerezano

Para mi nieta Ariana

Una de las motivaciones más intensas que pulsiona hacia la vida y hacia los/as otros/as, se construye en las profundidades del ser y se va entretejiendo con los significados de la cultura hasta hacerse consciente por medio de la articulación en el lenguaje: Este es el deseo. Se desarrollan estilos de comunicación y expresión del deseo para tratar de satisfacerlo, tanto en lo personal como en lo social. Desde Freud sabemos que somos seres sexuados deseantes.

Como nos construimos y nos desarrollamos dentro de un mundo de representaciones patriarcales, el deseo está influido por el orden simbólico patriarcal. Aquel que puede articular su deseo, expresarlo, manifestarlo y tratar de lograr su cumplimiento, en nuestra sociedad tiene estatuto de sujeto y puede construir una cultura que lo refleje y lo confirme.

La cultura es binaria debido al lenguaje que escinde y hace un corte. Está dividida en opuestos: blanco-negro, naturaleza-cultura, hombre-mujer, femenino-masculino, sujeto-objeto, fálico-castrada, cuerpo-mente, deseo de unión-deseo de separación, presencia-ausencia, sujeto-objeto, etc. En estas divisiones una parte de los opuestos es valorada y la otra, devaluada. Lo que se atribuye a la mujer y a lo femenino generalmente es devaluado. La sexualidad, una de las más profundas manifestaciones del deseo, está atravesada por esta bipolaridad que conlleva las categorías de género, en donde el deseo femenino queda sumergido a favor del masculino, independientemente de la biología y la anatomía, pero utilizando éstas como substrato y justificación ideológica.

Cuando en la sociedad se habla de sexualidad, el discurso se refiere a la sexualidad masculina representada simbólicamente por el falo, sostenido imaginariamente por el pene. El falo representa la potencia, el deseo. Significa la diferencia y, por lo tanto, la capacidad de separación de la madre, acceso al padre, dueño de la cultura y posicionamiento de dominación sobre todos/as aquellos/as que no lo tienen, real o simbólicamente, que carecen de ello, que están en falta, que son fallidos. Por todo esto, el falo también representa la plenitud y satisfacción en el campo del deseo y del éxito en el campo de la realización y de la integración social.

Entonces, los hombres dominan el ámbito del discurso sobre la sexualidad humana. Cuando se habla de sexualidad femenina en la cultura, realmente se refiere a la que ellos han definido, ni siquiera como su opuesto, sino como su complemento. Si se niegan los genitales femeninos al otorgarle solo valor y categoría discursiva al falo, no existe "*una sexualidad diferente*". La mujer es solo otra que complementa al hombre; es su sexo complementario, adecuado, que lo completa y perfecciona. En lugar de una diferencia real, la

mujer es un espejo. Es como si la sexualidad femenina fuera derivada y dependiente de la sexualidad masculina.

Como la sexualidad masculina tiene existencia discursiva, está bien definida y focalizada. El hombre goza de un fragmento de su cuerpo. La mujer, al responder a esta definición como complementariedad, también fragmenta su sexualidad, y dadas las representaciones que la cultura construye de su feminidad, cree que su goce es solamente como el del hombre, o como respuesta a tal. Pero aunque la mujer goce así, su sexualidad va más allá de lo fragmentario. Su goce además de orgásmico también es fluido, avanza y retrocede como las olas del mar, como el fluido vaginal, como el fluido de la menstruación, como el fluido de la leche, es un fluir de todo su cuerpo.

La mujer goza con todo su cuerpo de manera más integrada y menos fragmentada que el hombre. Y algo muy extraño para el hombre, ella goza del otro/a real existente, en virtud de su contacto real y de continuidad con el apego hacia su madre. En el desarrollo de su identidad y de su capacidad de vinculación no hay fracturas tempranas, no tiene que negar esa relación primaria ni su dependencia, sólo tiene que diferenciarse de la madre sin matarla.

Todas somos de mujer nacidas y todos somos de mujer nacidos. Un solo cuerpo procrea dos sexos en su interior. También somos cuidados/as generalmente por este mismo sexo. La base de nuestro ser y nuestra psique es femenina. Es de unión, de empatía, de apego y vinculación, desde el cuerpo y sus sensaciones hasta las fantasías, imaginaciones, emociones, sentimientos y pensamientos.

Cuando el lenguaje se hace explícito, alrededor de los tres años, lo que en psicoanálisis se llama "El Edipo", el niño-hombre, al darse cuenta de que no es igual a la madre tiene que dar un viraje para separarse de ella, lo cual logra ya sea negándola, rechazándola, repudiándola, borrándola; para así acceder al padre personal y/o cultural. La puerta a este acceso es por medio del lenguaje, de lo que se puede representar, ya sea con palabras u otros símbolos.

A mí me gusta citar a Juan Rulfo, escritor mexicano, que en el primer párrafo de su novela *Pedro Páramo*, dice:

"Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera".

La identificación del hombre con su padre entra por lo simbólico, como en este ejemplo, cuando la madre se lo dice al hijo, quien promete buscarlo cuando ella haya muerto. Metafóricamente, necesita que la madre se le muera adentro, es decir, que la identificación con ella se borre, se reprima, para romper con el origen y así tener acceso al padre que garantiza la diferencia de la madre. De ahí en adelante la cultura le reconfirmará su identidad y su identificación con el padre por los caminos de lo simbólico.

El niño vive esta experiencia psíquica dándole muerte a toda su primera historia con la madre. Toda su fuente nutricia queda fuera de él, la madre es otra, no tiene subjetividad, no tiene mundo interno personal, queda objetivada.

En cambio, la niña, como es igual a la madre (del mismo sexo), no tiene que romper su identificación originaria. Esta identificación entre madre e hija es primordial y es transmitida directamente, sin mediación de estructuras simbólicas, sin necesidad de hablar o recurrir a símbolos, de crear un orden simbólico específico para su identidad. También las mujeres nos diferenciamos de la madre como los hombres, somos iguales pero diferentes.

Como vemos, la historia psíquica de la niña es muy diferente a la del niño. Ella conserva una continuidad con una real; él, una discontinuidad y se relaciona con un símbolo. Es muy importante tomar en cuenta estas identificaciones y desidentificaciones primarias con nuestros personajes originales, porque es a través de estas relaciones que se construye el deseo, el cual está sesgado por el género. La mujer que conserva una continuidad con la madre siempre tratará de vincularse así, sin rupturas. El hombre que borra a la madre para separarse de ella se vinculará con discontinuidades, deseando una autonomía, vivirse separado. Esta estructura de género hace un pasaje a la sexualidad.

La cultura valora la autonomía, la independencia, la individualidad, que están contenidos por la separación y el borramiento de la madre y, por lo tanto, son ideales masculinos. En cambio, los valores nutricios, de cuidado, de afectos generosos y de empatía generalmente quedan relegados a lo femenino y a lo privado.

La mujer va construyendo su deseo de acuerdo con la definición del deseo masculino, o sea, el deseo de ella es el deseo de los otros. Como madre no tiene deseos para sí, solo existe como función para que el otro/a surjan, para que vivan física y psíquicamente. Como objeto sexual es la respuesta al complemento masculino. Todas estas definiciones de la feminidad y del deseo femenino están atravesadas por el cuerpo. La mujer es cuerpo para otros y sexo para otros. Sin deseos para sí, su deseo es entregarse, desaparecer en el otro en un afán de encontrarse ahí. Cuando este deseo es totalizador, absoluto, incondicional, generalmente termina en la locura o en la muerte. De ahí la búsqueda exacerbada de las mujeres por encontrar objetos de amor que las confirmen y las deseen.

La fantasía de que somos una con el otro/a lleva a un goce intenso, pero cuando se desea hacer realidad esta fantasía en el ámbito social, es lo que se conoce como abnegación: renuncia a los deseos e intereses propios. También hay que reconocer que el deseo de la madre hacia el padre y hacia el mundo rompe la fantasía de la incondicionalidad del amor materno.

En el misticismo el goce máximo tiene estructura femenina, porque es la entrega total a la divinidad. Las prácticas esotéricas de los hombres para alcanzar este objetivo son muy rígidas en un intento de experimentar este goce, porque no tienen vivencia de entrega o, si la tienen, está borrada.

Afortunadamente, la mujer tiene otras posibilidades de gozar y disfrutar, pues en lo real existe no solo como madre u objeto sexual, sino también como persona. Jacques Lacan, un prominente teórico del psicoanálisis francés, dice que “la mujer tiene un plus de goce”. Yo creo que se refiere al hecho de que ella puede gozar de otro real y de que tiene capacidad de entrega. De ahí la pasión de la mujer que logra tocar las fibras más profundas de los otros/as.

En la actualidad, con su inserción en la esfera pública y con toda la información a su alcance, la mujer puede experimentarse en otras áreas muy diferentes a la definición de su identidad en la cultura. Al vivirse también en el trabajo público, esta experiencia de discontinuidad con su ser para otros impactará e irá modificando su deseo de entrega y desaparición en el otro. Podrá gozar de una unión sin desestructurarse y, a la vez, dimensionarse como persona. En otras palabras, no ser dominada, ser sujeto, pues esta es la única forma en que puede reconocer al otro y entonces el otro, como persona, podrá reconocerla. El amor, el erotismo y la sexualidad entre dos sujetos, y no entre un sujeto y un objeto, es la máxima expresión de la humanidad, o sea, el reconocimiento de nuestra subjetividad.

El uso de los anticonceptivos ayuda a la integración de su sexualidad, pues la mujer puede separar su goce sexual de la función reproductiva y, de esta manera, apropiarse de su cuerpo y, por lo tanto, de su deseo. Ya no necesariamente vive su cuerpo como un cuerpo social, un cuerpo para otros. Puede gozar sin las culpas ancestrales. Si su cuerpo es de ella, también lo es su deseo. Cuando el cuerpo es social, es un cuerpo para otros tal como demanda la sociedad. Esta es la condición del objeto, de la cosa, de la que no tiene subjetividad.

El deseo de regresar al estado primordial de plenitud es la búsqueda que nos impulsa hacia el mundo en un afán de encontrar lo perdido. Este deseo es un ideal del yo. Pero también puede darse de manera patológica y, entonces, es un deseo de regreso al útero de la madre, que en psicoanálisis se llama incesto.

Como ven, estas teorizaciones están cargadas de género. El primer deseo se refiere al padre e imaginariza la luz; el segundo se refiere a la madre e imaginariza la obscuridad, que en el inconsciente se construyen como vida y muerte. En esta teorización los valores espirituales son ideales del yo, ámbito donde se encuentra el padre, pues por su distancia y separación se simboliza como el idealizado.

Nunca se habla del padre primitivo, el dominador, el autoritario, el que se cree la ley misma. El que quiere dar muerte a los hijos hombres y someter a las hijas mujeres. Se habla del cuerpo de la madre refiriéndose a lo mortífero, al regreso al útero, y nunca se habla de la madre que también funciona en el orden simbólico, la que guía, la que cuida, la que ayuda y acompaña en la maduración y el crecimiento. Ni tampoco se habla de la mujer que goza con los otros/as y de los otros/as que permite que gocen de ella, siendo así el vínculo del erotismo y, por lo tanto, de la continuidad de la vida.

Deseo hacer hincapié en que todo el erotismo y la sexualidad están cargados de género y por eso invito a las mujeres a que cuestionen y deconstruyan su deseo y su goce porque, a final de cuentas, la maternidad y el cuerpo de la mujer es el sitio de la contienda donde se juega la dominación y su discurso político.

Dada la posición en que poco a poco va encontrándose la mujer en estos tiempos, puede ubicarse más fácilmente como sujeto de su sexualidad y vivir la experiencia de un goce no fragmentado. Al atravesar estas nuevas experiencias encontrará a la mujer en el cuerpo.

Mi experiencia terapéutica con mujeres tiende a indicar que un nuevo cuerpo de mujer habita la tierra.

Bibliografía

- Benjamin, Jessica (1988) *The Bonds of Love*, New York, Pantheon. USA.
- Chodorow, Nancy (1978) *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press. USA.
- Freud, Sigmund (1905) *Three Essays on the Theory of Sexuality*, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works*, Vol. 7. Hogarth Press. 1953, London.
- Lacan, Jacques (1949) *Ecrits, a Selection*, New York, Norton. 1977, USA.
- Laplanche, J. (1976) *Life and Death in Psychoanalysis*. Baltimore, John Hopkins University Press. USA.
- Layton, Lynne (1998) *¿Who's that girl? ¿Who's that boy? Clinical Practice Meets Postmodern Gender Theory*. Northvale, N.J., Jason Aronson, London.

EL PENSAMIENTO MATERNO

Graciela Hierro

Las madres y sus hijas/os
(Poema)

"Había una vez un joven
que amaba a una doncella,
que lo provocaba, diciendo:
¿te atreves a traerme sobre
una bandeja la cabeza de tu madre?
El joven mató a su madre
y arrancó del pecho su corazón sangrante.
Corrió hacia su amada con tal prisa,
que tropezó y cayó al suelo.
El corazón de la madre rodó
con un quejido lastimero,
que suavemente decía:
¿Te hiciste daño, hijo mío?"
(Citado por Sara Ruddick, 1980).

La historia puede sernos familiar, sin embargo, hay algo extraño en el poema: la doncella reclama la cabeza de la madre, el joven le lleva su corazón. La doncella teme y respeta el pensamiento materno. El hijo cree que solo las pasiones maternas son poderosas. Nos puede parecer esto muy familiar. Las pasiones maternas son repentinas, intensas y confusas.

Si nos preguntamos qué sucede con los pensamientos que se desarrollan en las cabezas de las madres precisamente por la maternidad, Sara Ruddick, de quien he tomado esta historia, dice que ni las madres, ni las hijas, ni los hijos, estamos demasiado orgullosas/os del pensamiento materno.

El propósito de este capítulo es analizar y profundizar en el pensamiento materno. No es la intención definir las virtudes morales que posean las madres o que deban poseer. Intento descubrir las virtudes del propio pensamiento materno. Siguiendo a esta autora, las invito a pensar en "la cabeza de la madre".

Para concluir, ofrezco como referencia *Los jardines de nuestras madres* (Walker, 1973) como incitación romántica para pensar en las posibilidades que se abren para las mujeres, una vez que se deciden a "cultivar su propio jardín". En este empeño escribo lo que sigue.²

² Esta es la segunda parte de mi estudio "La educación matrilineal", que es la educación que enseñan y aprenden las mujeres de otras mujeres, corre de las abuelas a las madres, y de ellas a las hijas y las nietas. Hierro, G. "La educación matrilineal" en: *Estudios de Género*. Editorial Torres Asociados. México, 1996.

Las madres educan a las hijas, también las hijas educan a la madres, porque nadie educa a nadie, todas nos educamos en conjunto, como afirma el educador brasileño Pablo Freire.

Siempre he pensado que existe un valor intelectual que ha sido poco apreciado en el ejercicio de la maternidad, precisamente en lo que se refiere al pensamiento, como veremos enseguida. La carencia de reconocimiento es tanto por parte de las mismas madres, como por las que hemos sido educadas por nuestras madres y que aún no somos madres, o que nunca lo serán porque así lo decidieron o por cualquier otra circunstancia.

El pensamiento materno tampoco es reconocido por la mayoría de los hombres, aunque la mayoría de nosotras/os hemos sido educados por una mujer, madre real o actuando como tal. Por ello deseo referirme al valor intelectual que encierra la maternidad. Porque el valor afectivo que desarrollan las madres en el cuidado de los hijos es lo que más se reconoce, especialmente en nuestro país y en el mes de mayo. También se aprecia la abnegación, el sacrificio, o aun la vida que puede dar una madre por sus hijas/os.

Pero su inteligencia, el valor de la educación que imparte, rara vez son reconocidos. Esto sucede precisamente porque no se confiere el reconocimiento a las capacidades intelectuales que las madres, en su ejercicio como tales, crean, desarrollan y transmiten a sus hijas. Y a esto me refiero con la educación de las madres a las hijas y de las hijas a las madres.

Debo advertir, sin embargo, que el pensamiento materno es solo un aspecto del pensamiento de las mujeres. Ya no es posible identificar *lo materno* con mujer. Como veremos, lo maternal es una categoría social, no es una categoría biológica; cada vez es mayor el número de hombres que también la ejercen.

La mirada de la madre

Al hablar de la mirada de la madre deseo referirme a la capacidad de observación de la mirada materna, que es el fundamento de su conocimiento de la realidad y es un conocimiento científico.

Como todo conocimiento científico, se inicia con la observación cuidadosa de lo que sucede. Las madres observan los detalles mínimos de la conducta, del aspecto físico y el entorno en el que se desarrollan sus hijas. (Me voy a referir específicamente a las hijas, aunque esto mismo sucede también para los hijos hombres). El ojo materno va unido a su capacidad de relacionar los detalles que observa con otras circunstancias importantes para los propósitos que ella desea llevar a cabo. La madre descubre un movimiento, un suspiro, un olvido, una cierta sonrisa; claves que le permiten alcanzar el equilibrio en el juicio que intenta hacer, en la acción que desea llevar a cabo, en el propósito que quiere alcanzar. Nadie observa tan en profundidad, como lo hace una madre, la apariencia y la conducta de una hija.

La educación materna, como toda educación, se basa en valores; los valores de la educación materna son los que corren de las madres a sus hijas y de las hijas a sus madres.

"La transmisión de la vida, el respeto a la vida, el sentido de la vida, son experiencias intensas de las mujeres, valores que las mujeres reivindicamos"³.

Este pensamiento, que llamamos maternal, legitima y enseña los valores que con base en la educación se convierten en actitudes morales. Fundamentalmente son:

*el respeto a la vida y
el sentido de la vida.*

La educación matrilineal, que es la que las madres transmiten a sus hijas, desarrolla en ellas habilidades, conocimientos y actitudes. Destrezas que considera indispensables para la formación del carácter de sus hijas, a las cuales me referiré más adelante. Transmite los conocimientos científicos y humanísticos útiles para la formación intelectual de las hijas, todo lo cual constituye la educación matrilineal.

El ejercicio de la maternidad va creando un conocimiento, un saber y unas creencias, que enseña a hacer ciertas preguntas y no otras, desecha cuestiones poco prácticas, establece criterios de verdad, de adecuación y relevancia para las respuestas, y así, se preocupa por alcanzar conocimientos no inertes que le permitan acceder a nuevas relaciones de esos mismos pensamientos.

Básicamente se preocupa por alcanzar verdades o certezas sobre las que pueda actuar para sus propósitos como madre, que son conocimientos y certezas vitales. Recuerdo en el diálogo con una de mis hijas, cuando le relataba historias heroicas, por ejemplo tomadas de *La Ilíada* de Homero, ella siempre preguntaba: "¿pero esto en verdad sucedió?". Deseaba conocer y aprender historias tomadas de la vida real, no de la literatura.

Si bien hemos de advertir que, como cualquier otro conocimiento humano, a menudo se equivoca en las metas y en los propósitos. Nada de lo que sabemos y hacemos los humanos, hombres y mujeres, es un conocimiento absoluto o una decisión infalible.

Estudiar el pensamiento materno no significa que estemos hablando de conocimientos, saberes y creencias específicamente femeninos; estamos describiendo una concepción del trabajo intelectual que busca realizar ciertas metas prácticas y que sigue ciertos intereses que podemos catalogar como los maternos, pero éstos pueden ser de cualquier hombre o cualquier mujer que persigue la educación de sí misma y de sus hijas, lo que llamamos intereses maternos, encaminados a preservar la vida e intentar mejorar su calidad.

³ Manifiesto de la Revolta Feminile, 1970.

Los intereses maternos

Si nos preguntamos cuáles son los intereses o valores maternos, podemos pensar que con el trabajo intelectual que realiza busca, en primer lugar, preservar la vida de sus hijas. Reproduciendo, dirigiendo y comprendiendo la vida individual y colectiva.

Antes hemos de advertir que estos son los rasgos generales de los intereses humanos que nos caracterizan como una especie, precisamente: preservar, reproducir, dirigir y comprender nuestra vida.

Los intereses básicos de las madres responden a la realidad histórica de una hija biológica, en una sección particular del mundo social, unido todo esto a los sentimientos que acompañan a la maternidad, dada la fragilidad y el desamparo con que nacen los infantes humanos.

Debemos pensar que cualquier otro pensamiento científico, sobre cualquier tema, también viene unido a un cierto sentimiento, sea religioso, espiritual, estético, amoroso o de cualquier otro tipo. En otras palabras, cualquier pensamiento va unido a un sentimiento, a una pasión. Por ejemplo, San Agustín afirma que *"el amor me lleva a donde quiera que voy"*. No existe un pensamiento "desapasionado".

Los intereses de las madres, aunque son universales, se ven modificados por circunstancias variadas, como son: la clase socioeconómica a la que pertenecen, su grupo étnico, su religión y el sistema de sexo-género en el cual estos intereses se realizan.

Las hijas necesitan que sus vidas sean conservadas, que su crecimiento sea facilitado en formas aceptables para la siguiente generación. Se considera a las madres responsables de la vida de las hijas. Enseguida de la conservación de la vida aparece el interés por el apoyo a lo físico, a lo afectivo o emotivo, y finalmente, a su desarrollo intelectual. Conservar y apoyar las necesidades y los intereses de las hijas, es el trabajo materno.

Aunque las madres se ven apoyadas, aconsejadas o asistidas en su trabajo por los padres, los maestros y las maestras, los doctores y las doctoras, los moralistas, terapeutas, sacerdotes, etcétera. En última instancia ella, y solo ella, es la responsable final de la vida, educación y desempeño de la hija. Porque aunque no reciba el crédito primario por el éxito del desarrollo de la hija, sí se le hace responsable por cualquier mal funcionamiento en su proceso de crecimiento.

La hija debe ser alguien que no solo ella aprecie, sino también el resto de la familia y su comunidad en general. Por esto se dice que, en cierto sentido, todas las madres somos madres solteras precisamente porque, en última instancia, se nos hace responsables de las hijas y los hijos. Específicamente por el mal funcionamiento en su salud y en su vida, y no se nos da el crédito intelectual por los logros del trabajo materno.

Si bien como madres se gobiernan por los intereses de sus prácticas respectivas, como los científicos y los creyentes; sin embargo, el estilo, la habilidad y la integridad con la cual se embarcan en las prácticas difiere ampliamente de individuo a individuo. Hay muchos estilos propios de ser madre, como hay también estilos propios de ser hija. También se da el conflicto entre los intereses de las madres y los de las hijas.

Dado lo imprevisto de los avatares de la naturaleza y de lo social que afectan a las hijas, la educación materna puede caer en la tentación de un control excesivo al tratar de preservar la vida de ellas.

Así, una madre afirmó, en una conferencia reciente que impartí: "yo he sido hitleriana con mis hijas".

La madre desarrolla humildad frente a su tarea, es una actitud espiritual que una tiene hacia un mundo que está más allá de nuestro control, que está gobernado por la necesidad y el cambio y por fuerzas sobrenaturales que no pueden ser comprendidas. La humildad respecto de la realidad que no puede ser controlada, frente al peligro al que se enfrenta como madre al intentar proteger a sus hijas, que muchas veces sufre de decepción, que la hace sentir deprimida y melancólica. También, a pesar de todo puede conservar el buen humor, que no consiste en borrar los problemas; por el contrario, aumenta y refuerza el poder de la acción materna, y así dice una madre:

*"Tejí una cobija para mantener a mi familia caliente.
La hice hermosa para que mi corazón no se rompiera".*

Entre la generación de la madre y la de la hija puede también darse un conflicto de intereses básicos que puede ser la causa objetiva de la humildad materna. El interés materno busca apoyar el crecimiento de la hija y para ello tiene que ser cambiante, pleno de innovación, para responder a los retos que supone el crecimiento de la hija y ver los problemas que van surgiendo con claridad y certeza.

Se trata de apoyar la vida progresiva de una persona, tratando de comprender con paciencia y amor su desarrollo; y como el cambio es constante, requiere de un aprendizaje progresivo que la lleve a modificar su modo de pensar, en vez de envejecer y quedarse en su modo antiguo de ser. Esta es la educación que la hija da a la madre.

La tristeza que puede acompañar esta tarea puede deberse a que el trabajo materno se describe mal, porque se sentimentaliza y en esa medida se le devalúa. Recordemos en México las películas de Sara García, que muestran a la madre como el estereotipo de la abnegación y el llanto femenino.

La aceptabilidad que se busca para el desarrollo de la hija se define por los valores del grupo social de la propia madre. Pero también ese desarrollo ha de ser aceptable para la hija que va creciendo, con la consiguiente apertura a las diferencias más desafiantes para ella. Muchas veces el crecimiento se lleva a cabo en condiciones muy poco favorables, como

puede ser un ambiente de violencia dentro de la familia y la sociedad, en medio del desamparo y la pobreza extrema.

El riesgo de inautenticidad en la educación materna

"Madre, en vez de leche me diste sometimiento..."
Lamentación de Dido, de Rosario Castellanos.

Las circunstancias adversas en que viven la madre y la hija pueden llevar la educación materna a la inautenticidad, es decir, a que el crecimiento de la hija y sus valores no sean los deseables, sino los aceptados indiscriminadamente por la madre, por ser los que rigen al grupo social en el que viven.

Me refiero a los problemas que surgen al ajustarse ciegamente a la identidad social que cada cultura ofrece para las mujeres y los hombres. Sin criticarlos y ajustarlos a los valores y los ideales de vida que la madre y la hija prefieran (*cfr.* mi texto "*De la domesticación a la educación de las mexicanas*").

Es el grave peligro que corren las hijas cuando se les domestica (de *domus*, casa) para no tener poder y ser dóciles presas de cualquiera que se les imponga. Y a los hijos, para que desarrollen un poder defensivo o arrogante sobre otros, ya sea en lo sexual, en lo económico o lo político.

Una madre que entrena sea para no tener poder o para tener un poder abusivo sobre otras/os, traiciona la vida que ha venido preservando, el crecimiento que ha facilitado. Porque niega a sus hijas la posibilidad de ser fuertes y valerosas, es decir, tener la capacidad de ser persona. Porque no se puede alcanzar el nivel de buena persona, si no se es libre. La verdadera educación es una educación humanista, que preserva lo humano, no lo inhumano.

La obediencia indiscriminada

La obediencia es en gran medida la función de los desposeídos socialmente. El trabajo maternal en las sociedades patriarcales se desarrolla de acuerdo con la ley del padre simbólico, observando el principio implícito de que: "Estás en el mundo del padre, no debes nunca olvidarlo". Así marca ella la obediencia al patriarcado, que significa el poder del padre, del patrón y del Padre eterno.

El maternaje y la conciencia feminista

La idea central de esta comunicación es que el trabajo del maternaje puede convertirse en la expresión más valiosa de la conciencia femenina. Para que esta oportunidad se realice, sea en forma colectiva o individualmente, el pensamiento maternal debe ser transformado por la conciencia feminista, porque el feminismo es un humanismo en el que se expresa la voz de las mujeres. Habida cuenta de que existen muchos feminismos, el que yo prefiero se enuncia como sigue: Que las mujeres descubran sus intereses o valores como ellas mismas los entiendan y traten de llevarlos a cabo.

La conciencia feminista es la experiencia de conocer la verdad acerca de una misma y su sociedad, y no engañarse en las formas de inautenticidad que antes comentamos. Las feministas reconocemos que ciertos rasgos de la realidad social actual son intolerables; sabemos que estos rasgos merecen ser rechazados, para acceder a la construcción de una visión transformadora del futuro que posibilite una relación más humana entre los hombres y las mujeres.

Sabemos que la realidad social se revela como engañosa, ya que lo que en verdad está sucediendo es muy diferente de lo que aparece como real, por ejemplo, en la familia, en la sociedad, en la política y en los medios masivos de comunicación.

Hemos descubierto que nuestro deber es cambiar la obediencia inauténtica y estar alertas para escuchar las voces nuevas, que no tanto afirman verdades absolutas, sino que demuestran honestidad y valentía al reconocer las consecuencias negativas de formas tradicionales de actuar y ser de mujeres y hombres.

Son voces familiares pero también originales, que surgen de la práctica materna, afirmando sus propios criterios de lo que consideran aceptable y deseable, insistiendo en que ciertos valores dominantes son inadecuados y, por tanto, deben ser rechazados ya que no se ajustan a los nuevos criterios maternos de amor, fundamento vital de la tarea materna, lo que llamaremos la capacidad de amor vigilante, que surge de la mirada atenta y el afecto de la madre. Hablemos brevemente del amor materno.

La capacidad de amor vigilante

La atención y el amor una y otra vez rechazan la obediencia materna inauténtica, aunque sea lo aceptado socialmente. Es la capacidad de atención de la mirada materna que descubre nuevas relaciones; que se une con la virtud del amor, como el fundamento y la corrección del pensamiento materno auténticamente humanista, es decir, preocupado de lo humano.

La atención y el amor significan para las madres una atención desinteresada, gratuita y generosa, como es precisamente la labor del amor.

La enemiga de la atención es la fantasía, que surge como un sueño designado para proteger a la psique del dolor. Es una ceguera impuesta para protegerse de la visión interior. Es lo inauténtico, que no se fija en la situación real, en la hija real, en sus necesidades e intereses reales y se centra en los prefabricados socialmente.

Existen en la experiencia materna varias circunstancias que pueden trabajar contra el amor atento, por ejemplo, la identificación con la hija puede llevar a la tentación de vivir una vida vicaria a través de las propias hijas. Oigamos la voz de una hija que reclama: "Madre, ¿te queda chica tu propia vida?, ¿por qué intentas vivir a través de la mía?".

Esto tal vez porque la propia vida de la madre se ve reducida por el trabajo agotador diario, las imposiciones y las indignidades de un orden social indiferente al trabajo materno, además del clamor de las hijas mismas.

"Por mis hijas daría la vida, pero no mi ser".
Despertares, de Kate Chopin.

El amor a las hijas no es sólo el lazo más intenso, también trae consigo la necesidad de que las madres sigan creciendo en su vida individual; al rendirse ante la evidencia del crecimiento de la hija, la tarea materna se convierte entonces en un dejar crecer y vivir la madre su propia vida.

Lo anterior no significa que las madres, individual o colectivamente, son o no son personas maravillosas. Mi punto de vista es que de las prácticas maternas surgen modos nuevos y distintivos de conceptualizar, ordenar y valorar las tareas maternas.

En esa medida el pensamiento materno en la cultura dominante puede ser de beneficio general, intelectual y moral, tanto de la familia como de la sociedad.

El mayor peligro en contra del pensamiento maternal es la opresión, sea de etnia, sea por la pobreza, por la clase y género, que puede traer consigo la abnegación, que es una virtud "loca", como dice la escritora Rosario Castellanos. Significa la negación de sí misma y por ello, la inautenticidad dentro de la tarea materna y existencial.

El pensamiento materno identifica prioridades, actitudes y virtudes para el éxito de su tarea. Sin embargo, si la institución materna en nuestra sociedad es demasiado opresiva, mayor dolor y lucha significa tanto para las madres como para las hijas.

La diferencia sexual entre hombres y mujeres se hace patente en el pensamiento maternal, distinto porque nosotras somos hijas, criadas y entrenadas por mujeres, recibimos el amor materno con implicaciones especiales para nuestros cuerpos, nuestras pasiones y nuestras ambiciones. Sin embargo, se está viviendo ahora una revolución en el pensamiento materno de lo doméstico y de lo público.

Ha comenzado a ser patente una revolución en la vida cotidiana, más evidente en unos países que en otros, en unas clases sociales más que en otras. Supone la inclusión de los hombres por igual, en todos los aspectos del cuidado infantil, lo que se conoce con el nombre de la "nueva paternidad". Se trata del hecho de que muchos hombres ya no desean ser "padres de fin de semana" y quieren participar por igual en el cuidado infantil.

Lo anterior trae como resultado para las madres la posibilidad de separar la acción pública del afecto privado, allegarse del privilegio de la paternidad y de sus cuidados, porque en nuestras sociedades, aun cuando los hombres estén ausentes del cuidado infantil, su poder sobre todos los espacios públicos y privados es lo que en verdad forma la concepción del poder mismo. Si los hombres acceden a la vida doméstica junto con las mujeres y

nosotras seguimos en la vida pública, en verdad se podrá entonces hablar de humanismo compartido por los dos géneros, que es lo que hemos querido desarrollar en este trabajo.

Los jardines de nuestras madres

Finalmente hemos de hablar de "los jardines de nuestras madres y abuelas". Nuestras abuelas y madres, sin duda, cultivaron un jardín que nosotras hemos de re-conocer para que el nuestro, el de sus hijas y nietas, pueda florecer con mayor creatividad y belleza. Hemos de hacer nacer el día cuando su labor desconocida, el valor espiritual que las guiaba, pueda ser reconocido. Muchas de ellas cultivaron su jardín sin esperar un tiempo para la cosecha. Entraron en uniones matrimoniales sin amor, sin goce. Se convirtieron en esclavas sin resistencia, fueron madres de hijas y de hijos que no pudieron alcanzar, muchas veces, la plenitud.

Hemos de salir de nosotras mismas y sin miedo mirar e identificar en nuestras vidas la creatividad heredada de nuestras madres y abuelas, reales e históricas. Conocer lo que a ellas les fue vedado, para recuperarlo nosotras.

Descubrir su espiritualidad, que es el fundamento de la creatividad en la labor materna, la espiritualidad que tuvieron, aunque tal vez no se dieran plena cuenta de ella.

De esta manera, nuestras madres y abuelas nos han legado, muchas veces en forma anónima, la semilla de la flor que ellas nunca esperaron conocer, como una carta sellada que no pudieron leer.

Nos legaron el respeto a todas las posibilidades que a ellas les fueron negadas, también la voluntad de que nosotras lucharíamos por alcanzarlas.

Por ello, la recomendación final de este trabajo es *que cada quien cultive su jardín*.

Bibliografía

- Castellanos, Rosario (1972) *Lamentación de Dido*. En *Poesía no eres tú*. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Chopin, Kate. *The Awakening*.
- Freire, Pablo. *La educación como práctica de la libertad*. México, Siglo XXI
- Hierro, Graciela (1993), *De la domesticación a la educación de las mexicanas*. Torres y Asociados. México.
— "La educación matrilineal" (1995), en Graciela Hierro, comp. *Estudios de Género*. Editorial Torres y Asociados. México.
- *Manifiesto de Revolta Feminile*, (1970)
- Ruddick, Sara (1990) *Maternal Thinking. Towards a Politics of Peace*. The Woman's Press. London
- Walker, Alice (1973), *In Search of Our Mother's Gardens*.

LAS MUJERES Y LA SOLEDAD

Graciela Hierro

Desde la ontología.

"El descubrimiento de nosotras mismas se manifiesta como un sabernos solas, entre el mundo y nosotras se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia".

El laberinto de la soledad.

Octavio Paz (1995).

Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solas; pero niñas y adultas podemos trascender la soledad y olvidarnos de nosotras mismas a través del juego o trabajo. La soledad se enfrenta como lo hizo, por ejemplo, Sor Juana, creándose un mundo de ideas con las que vivir a solas. Sor Juana es una figura de soledad, viviendo, como dice, "en un silencio poblado de voces".

La adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, vive en suspenso los instantes ante la infinita riqueza del mundo. La adolescente se asombra de ser, y al pasmo sucede la reflexión: inclinada sobre el río de su conciencia se pregunta, como Narciso que aprende su imagen reflejada en el estanque, si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser —pura sensación en la niña— se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante, que toma distintas figuras a lo largo de los ciclos de la vida femenina.

La soledad existencial

En la soledad el yo frente a su conciencia hace que surja la pregunta *quién soy y cómo lograr, realizar eso que soy*. Esta pregunta se responde de manera diferente de acuerdo con los ciclos de vida. En la infancia la niña se siente una con su mundo, una con la madre; aún no es consciente de la separación, porque no ha nacido la conciencia de sí. Vive sumergida en la existencia, confundida con los seres y las cosas. En un momento dado descubre que es niña, frente a los niños, pero el significado de la diferencia le llegará más tarde.

La adolescente ignora las futuras transformaciones de ese rostro que ve reflejado en el agua; no puede olvidarse de sí misma —pues apenas lo consigue deja de serlo— se convierte en la joven. Y así, oscila entre las imágenes de niña-adolescente, joven-mujer.

La joven ve su imagen reflejada en la infinitud de miradas que la conforman, el otro y la otra le confieren la persona, que significa "máscara", como se llamaba a los personajes del teatro griego. Todos le dicen quién es y cómo debe llegar a ser y, así, se aleja de su conciencia.

La mujer madura necesariamente se enfrenta a la conciencia de sí, ya no puede escapar en personajes fugaces, de niña-mujer joven y aun adolescente. Ha de elegir en un juego de imágenes que se le presentan deseables: madresposa, Eva disidente y mujer sola. Siempre bajo la mirada de los hombres que la desean y de las mujeres que la juzgan.

La mujer mayor elige su imagen en la madurez de la segunda adolescencia, ve su rostro reflejado en el espejo y le resulta indescifrable a primera vista, "como una piedra sagrada cubierta de incisiones y signos," dice Paz, la máscara de la mujer mayor es la historia de unas facciones amorfas, que un día emergieron confusas, extraídas en vilo por una mirada absorta. Por virtud de esa mirada las facciones se hicieron rostro, y más tarde máscara-persona, significación, historia. La mujer mayor ha de reconstruir su conciencia incorporando su pasado y avizorando su porvenir. Carece de imágenes deseables entre las cuales elegir y le queda la posibilidad de enfrentar solo una: la de la vejez-muerte, en la soledad.

Nosotras, las mayores, no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos constantemente.

Los hombres piensan que las mujeres no podemos vivir sin espejos porque somos vanidosas, y en verdad, muchas veces, nos contemplamos tratando de adivinar quiénes somos frente a ese rostro desconocido que va cambiando.

La mirada masculina

En todas las culturas la imagen del Dios padre —apenas destrona a las divinidades femeninas—, se presenta como una figura ambivalente: encarna el poder genérico origen de la vida, pero es el devorador de la vida. El poder sin freno y sin cauce.

La mujer, de acuerdo con Paz, otro de los seres que viven aparte, es una figura enigmática para los hombres. Más bien es el Enigma, incita y repele. Es la imagen de la fecundidad, pero asimismo de la muerte. En casi todas las culturas, las diosas de la creación son también deidades de destrucción. Cifra viviente de la extrañeza del universo y de su radical heterogeneidad, la mujer, se pregunta, ¿esconde la muerte o la vida?, ¿en qué piensa?, ¿piensa acaso?, ¿siente de veras?, ¿es igual a nosotros, los hombres?

Y así, el sadismo masculino se inicia como venganza ante el hermetismo femenino o como tentativa desesperada para obtener una respuesta de un cuerpo que tememos insensible. La mujer no es solamente un instrumento del conocimiento, sino el conocimiento mismo. El conocimiento que no poseeremos nunca los hombres —continúa Paz—, la suma de nuestra definitiva ignorancia: el misterio supremo. La otra, el segundo sexo, la mujer sola.

La entrada a la soledad

A mis soledades voy, de mis soledades vengo.
Góngora.

En todas las etapas de la vida estamos solas. La soledad, fondo de donde brota la angustia, empezó el día en que nos desprendimos del ámbito materno y caímos en un mundo extraño y hostil. Hemos caído: y esta caída, este sabernos caídas, nos vuelve culpables. ¿De qué? de un delito sin nombre: el haber nacido.

"¿qué delito cometí contra vosotros naciendo?"
Segismundo.

La soledad es el sentirse y el saberse sola, desprendida del mundo y ajena a sí misma, separada de sí. En algún momento de la vida todas las personas nos hemos sentido solas. Vivir es separarnos de la que fuimos para internarnos en la que vamos a ser, futuro extraño siempre, porque la soledad es el fondo último de la condición humana. Las mujeres y los hombres somos los únicos seres que nos sentimos solos y el único ser que es búsqueda de otro/a. Su naturaleza —si se puede hablar de naturaleza— es el ser que, precisamente, se ha inventado a sí misma/o al decirle "no" a la naturaleza, consiste en un aspirar a realizarse en otra/o.

Nuestra naturaleza es no tener naturaleza, inventarla cada día, en cada decisión libre, en la que arriesgamos nuestro ser, el de hoy que no es igual al de ayer, ni idéntico al de mañana. Somos una posibilidad abierta hasta que nos sorprenda la muerte.

Pero también podemos traicionar nuestra conciencia, desoír su voz y actuando de mala fe, ser solo lo que los otros quieren que nosotras seamos, traicionando nuestra posibilidad en el inútil afán de evitar la soledad, de evitar el enfrentamiento del yo consigo misma, porque la persona también es nostalgia y búsqueda de comunión.

Por eso, dice Paz, cada vez que se siente a sí misma, se vive como carencia de otro, precisamente como soledad.

Uno con el mundo que lo rodea, el feto es vida pura. Al nacer rompemos los lazos que nos unen a la vida ciega en el vientre materno, en donde no hay pausa entre deseo y satisfacción. En cambio, nuestra sensación de vivir se expresa como separación y ruptura, desamparo, caída en un ámbito hostil o extraño. Somos arrojadas a un mundo donde tenemos que construir nuestro propio ser, como dice la filosofía existencialista.

A medida que crecemos, esa primitiva sensación se transforma en sentimiento de soledad. Y más tarde, en conciencia: estamos condenadas a vivir solas, pero también lo estamos a traspasar nuestra soledad y a rehacer los lazos que en un pasado paradisíaco nos unían a la vida. Todos nuestros esfuerzos tienden a abolir la soledad. Así, sentirse solas posee un doble significado: por una parte consiste en tener conciencia de sí; por la otra, en un deseo de salir de sí. La soledad, que es la condición misma de nuestra vida, se nos

aparece como una prueba y una purgación, a cuyo término angustia e inestabilidad desaparecerán, seremos una con nosotras mismas.

Al final —soñamos—, superando la soledad, está la plenitud, la reunión, que es reposo y dicha, la vuelta al paraíso perdido, la unión con la madre anhelada. Aunque, de acuerdo con la escritora Marilyn French, "*nunca tenemos suficiente madre*".

La soledad se identifica con la pena, se vive como una condena y una expiación. Somos las culpables de nuestra soledad, es un castigo, pero también una promesa que toca a cada una crear a partir de su propia realidad. Nacer y morir son experiencias de soledad.

Vivir es trascender la posibilidad del dolor y alcanzar el goce en la soledad al crearnos a nosotras mismas, hasta alcanzar el momento en que exclamemos: "yo conmigo estoy bien". Al entrar a la etapa de la sabiduría.

Hemos de morir y nuestras vidas son un diario aprendizaje de la muerte. Más que a vivir hemos de aprender a morir. Entre nacer y morir transcurre nuestra vida.

Expulsadas del claustro materno, iniciamos un angustioso salto mortal que termina en nuestra caída en la muerte. ¿Morir será volver allá, a la vida antes de la vida?, se pregunta Paz. Y así le pedimos al amor que, siendo deseo, es hambre de comunión, hambre de caer y morir tanto como de renacer, que nos dé un pedazo de vida verdadera, de muerte verdadera. No le pedimos la felicidad, ni el reposo, sino un instante, solo un instante de vida plena, de vida y muerte, de tiempo y eternidad. A través del placer, en el orgasmo.

El amor cuando se realiza da la revelación de dos soledades que crean por sí mismas un mundo que rompe la mentira social, como la poesía.

El amor nos lleva a cavar y ahondar en nosotras mismas y, simultáneamente, a salir de nosotras y realizarnos en otra/o: muerte y recreación, soledad y comunión.

Hay en la vida de cada persona una serie de períodos que son también rupturas y reuniones, separaciones y reconciliaciones. Cada una de estas etapas es una tentativa por trascender nuestra soledad.

La soledad tiene un doble significado: ruptura con un mundo y tentativa por crear otro. Vivimos en soledad y apartamiento para purificarnos y luego, regresar entre las nuestras, siendo ya otras y aceptando nuestra condición existencial, ser sola, que no significa solitaria.

El sentimiento de soledad, nostalgia de un cuerpo del que fuimos arrancadas, es nostalgia de espacio; espacio, dice Paz, que es el centro del mundo, el "ombligo" del universo. El paraíso, el lugar de los muertos. El sitio del que fuimos expulsados.

La soledad se rompe cuando se ha logrado escuchar la voz interior y comenzamos a crecer, a ser nosotras mismas, bajo nuestra propia mirada. Creando-nos un ser que pueda llegar a ser una con la creación, que se ha escapado al tiempo, el tiempo es la duda, la

elección forzada entre lo bueno y lo malo, entre lo injusto y lo justo, entre lo real y lo imaginario; en la huida del tiempo de los relojes, dejar la duda de triturarnos. Porque ya somos, y eso es la sabiduría.

Estaremos en la comunión perpetua; la realidad arrojará sus máscaras y podremos al fin conocerla y conocer a nuestros semejantes.

Esta es la utopía de la autocreación, de la comunión con las demás personas, del éxtasis, como salida de nosotras mismas al alcanzar la iluminación de la disolución en el todo.

El feminismo y la soledad

El feminismo nos lleva a la ruptura con las imágenes que nuestra sociedad nos impone. Cuando dialogamos con la conciencia al tratar de ser nosotras mismas, transgredimos las imágenes impuestas. Dejamos de ser las mujeres que los hombres esperan de nosotras; y así surge la ruptura que nos lanza a la soledad, al alejamiento de mundo masculino, al rechazo del mundo cerrado de la feminidad.

Hemos pues de, al quedarnos solas, vernos a nosotras mismas, como la flor del narciso que se refleja en el agua, y preguntarnos: ¿Quiénes somos? Las que fuimos arrojadas del "cuento de hadas", niña, adolescente, joven, madura y mayor.

Dijimos que soledad es separación, rechazo y muerte. Hemos de morir para que la otra pueda renacer. ¿Con qué cualidades? Hemos de crear la nueva persona-máscara. Ya no está la mirada del otro que me configura, he de descubrir "qué quiero yo para mí". Ahora que estoy arrojada al miedo que es soledad e infelicidad, sin el otro que me confirme, a cada momento, en cada decisión "cómo ser".

He de aventurarme en la difícil empresa de ser la que puedo ser, descubriéndolo por mí misma, arrojando el escudo que me protegía: la mirada del hombre que me configura. Como un juez que intenta la creación desde los celos que tiene de alguien que a él se le prohíbe ser. Porque ser hombre es precisamente, no ser mujer. He de oír la tenue voz que apenas se escucha: "qué quiero yo para mí". Y ser, sin la mirada del hombre, solo se puede afirmar desde el feminismo.

Primer feminismo

Ser mujer plena, paradójicamente es ser como el hombre. Puesto que primero se nos había dicho hasta la saciedad que las mujeres éramos "hombres fallidos", menos inteligentes, menos fuertes, menos deseantes, menos ... Había que reparar la falta.

Por eso, se buscó la igualdad con aquel que es completo. Y sucedió que cuando realmente se convierten en mujeres verdaderamente civilizadas, son mujeres muertas, porque son hombres. En un feminismo thatcheriano.

La transgresora del orden patriarcal, que es la mujer feminista, ha de responder a la pregunta insistente: "qué soy yo sin el otro". He de verme a mí misma con mi propia mirada, oír la voz femenina interna que me guía. Y así se llegó al otro feminismo.

Segundo feminismo

Se dio entonces el descubrimiento del principio femenino. Se pensó que "éste" si era el verdadero ser, el más valioso. Y así, ser mujer sería ser madre, ser naturaleza, ser diosa, realizando la esencia de la maternidad. Y esto fue suficiente para algunas. Otras siguieron investigando hasta alcanzar la siguiente etapa.

Tercer feminismo

El tercer feminismo cambió la visión de las mujeres, luchar por la búsqueda de la exaltación de lo femenino, que por siglos había sido desvalorizado y trivializado, siguió la nueva interpretación de la diferencia. Se argumentó que la diferencia entre el género femenino y el masculino es poder, poder que un género, el masculino, tiene sobre el otro, que le dicta al segundo lo que debe ser. Y así se alcanzó la conclusión de que el género es la sexualización del poder. Para ser, hay que potencializar la propia conciencia, potencializarnos y empoderarnos, inventarnos, ser, no como hombres ni como mujeres tradicionales. Ser lo que leamos en nuestra propia conciencia.

Cada una, en grupo, en redes, generando en sí misma la infinidad de posibilidades que se nos presentan, en cada ciclo de vida. Y así surgieron muchos feminismos y muchas identidades de género posibles para las mujeres.

Hemos abierto un mundo de cultura nueva para las mujeres, producto de la creación de la mujer y la soledad que nos enriquece y nos forma, nos da a luz y nos transforma desde dentro.

Un cuento, para finalizar.

LA PANTERA

Había una vez una bella pantera que tenía un esposo y una co-esposa. Su nombre era Lara y era muy infeliz, porque su esposo y su co-esposa estaban realmente enamorados; a ella la trataban bien, solo porque el deber de las panteras en su sociedad era tratarse bien. Pero en verdad no la necesitaban como co-esposa, ellos dos se sentían completos.

Ella era una mujer "extra" en el grupo y esto no estaba permitido. Su esposo a veces le olfateaba el aliento y las demás emanaciones de su cuerpo; a veces le hacía el amor. Pero cuando esto sucedía la co-esposa, cuyo nombre era Lala, se ponía nerviosa, discutía con el esposo Baba, luego peleaban, se mordían, se daban latigazos con las colas. Pero siempre terminaban abrazados, llorando.

"Debo hacer el amor con ella" decía Baba, "también es mi esposa. Así fue el arreglo que me tocó vivir".

"Lo sé, decía Lala —a través de las lágrimas— pero cómo me duele, amado mío".

Si ellos sufrían, Lara estaba desolada y para entonces, preñada; también se sabía despreciada por todos y ninguna de las demás panteras quería compartir el esposo con ella.

Lara vivía en la soledad.

Los días pasaron y la única voz que ella oía era su voz interior. Pronto comenzó a escuchar lo que le decía. "Lara", decía, "siéntate aquí, donde el sol puede besarte", y ella obedecía. "Lara", decía, "acuéstate aquí, donde la luna puede hacerte el amor toda la noche", y ella así lo hacía.

"Lara", le dijo una mañana brillante cuando se sabía bien besada y bien amada, "siéntate aquí sobre esta piedra y contempla tu hermoso ser en las aguas quietas del arroyo".

Calmada por la guía que le ofrecía su voz interior, Lara se recostó sobre la piedra y se asomó al agua. Se percató de la suavidad de su hocico negro, de la delicadeza de sus orejas puntiagudas, de la tersura de su piel negra y brillante. En verdad era hermosa y besada amorosamente por el sol y amada por la luna.

Durante todo un día Lara estuvo contenta.

Cuando la co-esposa le preguntó temerosa porqué estaba sonriendo, Lara sonrió gozosa. La pobre co-esposa huyó temblando y encontró a su esposo Baba, y lo arrastró para que mirara a Lara. Cuando Baba vio a la pantera sonriente, bien besada y bien amada, no pudo evitar acariciarla con sus garras: sintió que ella se había enamorado de alguien más y esto le despertó toda su pasión. Mientras Lala lloraba, Baba poseyó a Lara, quien, mientras tanto, contemplaba la luna sobre su hombro.

Cada día le parecía a Lara, que la que se reflejaba en el arroyo era la única Lara que valía la pena tener —tan hermosa, tan bien besada, tan bien amada. Y su voz interior le aseguraba que todo eso era verdad.

Así, un cálido día, cuando ya no pudo tolerar los llantos y lamentos de Baba o Lala, que trataban de arrancarse las orejas por ella, Lara, que para entonces se sentía bastante indiferente hacia ello, se recargó suavemente, besó su propio reflejo sereno sobre el agua y sostuvo el beso hasta el fondo del arroyo.

Alice Walker. "*Poseyendo el secreto de la dicha*".

Bibliografía:

- French, Marilyn. *My mother's daughter*.
- Góngora, F. Poesía. *Soledades*.
- Paz, Octavio (1995) *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica. México
- Sor Juana Inés de la Cruz (1995). *Obras Completas*. Fondo de Cultura Económica. México.

LAS MUJERES Y SUS SEXUALIDADES

UNA ÉTICA SEXUAL FEMINISTA PARA LA MADUREZ

Graciela Hierro

*La felicidad es la capacidad de
gratificar las pasiones personales.*
El Obispo Butler, en el Sermón XI.

*El erotismo es una fuente de poder y de información en nuestras vidas, que puede
proveer la energía que necesitamos las mujeres para el cambio.*

Audre Lorde.

Las mujeres y su placer sexual

Para hablar de las mujeres y su placer sexual resulta importante distinguir entre el sexo, que es producto de la biología, y el género, que es la identidad social de hombres y mujeres. Estos dos factores, el sexo y el género, actúan en nuestras vidas en formas muy complejas. En lo individual inciden en nuestros sentimientos, intereses y conducta. En el nivel interpersonal nos ofrecen normas de cómo debemos relacionarnos con las/os demás.

Como primera parte comentaremos la ética feminista.

La ética feminista inaugura una visión moral desde el punto de vista de las mujeres. Esto significa que las reflexiones, el análisis y los valores de la ética se construyen desde el cuerpo vivido de las mujeres. Si bien existe una gran variedad en las experiencias femeninas, algo tienen en común. Por ejemplo, unas se casan, otras no; unas aman a los hombres, otras a las mujeres y otras más, a los hombres y mujeres. Son madres, otras no; no comparten las mismas experiencias sobre la sexualidad, la maternidad, o la relación comprometida con una pareja. Las mujeres de clase social acomodada no tienen los mismos problemas que las mujeres pobres; las que son cristianas, que las que no lo son; por último, las sexualidades cambian de acuerdo con los ciclos de vida.

En suma, las experiencias de las mujeres difieren según su familia y su estilo de vida individual, su clase social, su etnia, su cultura, su edad, su preferencia sexual y sus creencias religiosas. Pero todas estas diferencias surgen en un contexto

semejante: el patriarcado. El patriarcado en todos los lugares tiene varias características en común en lo que se refiere a la sexualidad.

Siempre que se habla de sexualidad, se trata de la sexualidad masculina. No se oye la voz de las mujeres, su erotismo está silenciado, aunque se afirme que lo más importante de la vida de muchas mujeres es, precisamente, la sexualidad, el erotismo y el amor. Parece ser que las mujeres son vistas como el objeto del placer sexual para los hombres y como reproductoras de infantes. Los mensajes culturales refuerzan esta situación.

En varias culturas y en situaciones diversas hay mujeres que han superado ese estado de cosas, sin embargo, ellas se consideran “excepcionales” porque no han aceptado esas condiciones. Esto se debe a la reflexión ética que hacen las mujeres desde el feminismo. Critican el patriarcado en la situación de vida de cada una de ellas, intentando alcanzar una experiencia más humana, más plena y placentera. No solo para ellas, también para sus parejas.

Esta ética que supone una conciencia de género⁴, permite darse cuenta de que las reglas del juego de la sexualidad de las mujeres, su cuerpo, su destino como madre y encargada del trabajo doméstico, le limitan el acceso a otras posibilidades más amplias en la sociedad, las costumbres, la educación, la religión y la cultura. Es el imaginario social el que refuerza este “lugar” de la mujer.

Es ética feminista, porque las mujeres que la practican generalmente trabajan en grupos de autoconciencia que les permiten analizar sus experiencias, desde el punto de vista del género. Estudian textos feministas y de allí se levanta una crítica del sistema social que organiza los papeles fijos y las posibilidades de los seres humanos según su género, como hombres o como mujeres.

Las mujeres, con la nueva visión ética, reconstruyen su identidad de género bajo una nueva perspectiva ética. Para ello, es necesario que las mujeres superen sus sentimientos internalizados de culpa y vergüenza, que les permita ver sus realidades malas. Que fue violada en su niñez, que es maltratada por su marido o su amante, que ha sido abusada por sus padres, su marido o un cura. Que acepta un papel muy limitado, tradicionalmente femenino, en su matrimonio, y desea desarrollar una vida más amplia, que desea regresar a la escuela o buscar un empleo fuera de la casa, pero su pareja no se lo permite.

Ha tomado conciencia de que los episodios malos de su vida constituyen violaciones de los derechos humanos, cuando antes se suponía que tal comportamiento era normal y que la mujer era culpable de la rabia o la violencia de ellos.

4. Es decir: que el género es la identidad social que se confiere a un cuerpo sexuado y en esa medida forma la conciencia femenina y masculina

El análisis de estos eventos desde la psicología, la sociología y la historia como expresiones del sistema patriarcal permite darse cuenta que otras mujeres han vivido experiencias similares. Que no han sucedido por culpas individuales sino por un sistema de relaciones de género que no surge de los miembros de su familia o grupo, sino que son reproducidos a través de generaciones por ciertos patrones sociales y culturales.

En seguida viene el proceso de reconstrucción de la identidad de género, emprendiendo acciones para cambiar sus valores. Este proceso puede significar rupturas en algunas relaciones actuales, para ganar nuevas posibilidades; o simplemente la demanda por el derecho a desarrollar nuevas posibilidades, con esas personas.

La moral sexual patriarcal propone, por ejemplo, que:

- 1) Las relaciones sexuales lícitas son únicamente aquellas que se realizan dentro del matrimonio con personas de otro sexo y la finalidad es la reproducción, de ahí la condena al uso de anticonceptivos.
- 2) Recomienda la virginidad para las mujeres hasta el matrimonio.
- 3) Promueve la doble moral sexual, con deberes y prohibiciones distintas para cada género.

La ética feminista propone que:

- La norma primaria de la moralidad sexual se centra en las relaciones de amor y de responsabilidad mutua, independientemente de que sea dentro o no del matrimonio, la pareja del mismo sexo o diferente.
- Acepta el placer sexual como un bien intrínseco del ser humano, mutuo y no como una explotación de la mujer por el hombre, sino como expresión auténtica del cariño de ambos.
- La planificación familiar como un derecho y una obligación para dar a la descendencia oportunidades de crecimiento sano y feliz.
- El embarazo no deseado no se condena sin más, se justifica por las circunstancias y debe seguir la norma de “Aborto legal y sano para que no mueran las mujeres; anticonceptivos para que no requieran abortos”.

La ética feminista es una ética desde el punto de vista de las mujeres, sin embargo, no es una ética solo para mujeres, es para ambos, hombres y mujeres, porque reflexiona sobre todas las cuestiones de la ética desde la perspectiva del género. Busca una transformación del modelo de poder entre los seres humanos en

todas las relaciones; la transformación del modelo de la fuerza y la violencia, por el modelo de relaciones de amor, placer y respeto mutuo como veremos a continuación, para la edad madura.

En la segunda parte comentaremos ética y sexualidad feminista para las mujeres en la edad madura.

Entiendo por edad madura el climaterio, aunque sabemos que en esta edad fisiológica no existe la seguridad de que se ha alcanzado la madurez de carácter. Lo anterior supone que el paso de los años por sí mismo, no la entreaña, comprendida como la maduración del carácter personal independientemente de los avatares de la edad que se tenga. Obviamente, en ese sentido, se puede hablar de adultas/os infantiles y niñas/os maduros.

La propuesta ética que ofrezco en lo que sigue se plantea como el deber de alcanzar la madurez en esta etapa de la vida, es decir, la autonomía moral específicamente en lo que se refiere al ejercicio de la sexualidad.

La sexualidad en la edad madura como dato empírico no me interesa conocerla. Mi profesión es la filosofía y mi vocación la ética feminista del placer, por ello deseo plantear una idea de sexualidad, erotismo y amor que, a mi juicio, es la propia y apropiada para las mujeres en la edad madura, capaz de procurar placer, sentido y finalidad a la existencia. No se trata solo de plantear un ideal o una utopía, es necesario ofrecer razones prácticas para orientar las decisiones morales y este es el intento de esta comunicación.

Comienzo por aclarar los conceptos de sexualidad, erotismo y amor. Los tres representan construcciones simbólicas, es decir, creaciones humanas. Como sabemos, la idea del amor presenta obstáculos serios para su comprensión; puede hablarse de tipos o clasificaciones de amor. Platón en *El Banquete* habla de Ágape, Eros y Cáritas; en el primer caso refiriéndose al amor divino, enseguida, el erótico humano y finalmente, la sororidad y fraternidad entre personas. Pienso que el amor sólo se da entre personas, es decir, que han podido alcanzar esa cualidad. No se nace persona, una se convierte en persona por su propio esfuerzo. Ser persona significa ser autónoma, moral y digna. Yo me doy mi propia ley, con base en una jerarquización de valores que me confieren a mí mi propia dignidad.

La sexualidad, el erotismo y el amor no son sinónimos; entreañan experiencias distintas y cumplen funciones diversas. La sexualidad alcanza la consumación y puede terminar en la saciedad; al parecer la sexualidad entendida como puramente genital no requiere de los afectos, el misterio o la seducción, más bien de la gimnasia y el éxito de la empresa, con la consabida propaganda de la hazaña. El erotismo está íntimamente unido al placer y requiere de la seducción y el misterio; se finca en el discurrir lento del deseo que paulatinamente va encontrando su satisfacción, no necesariamente en la consumación genital. Su finalidad no es la saciedad sino la conservación de la emoción; abarca infinidad de manifestaciones afectivas y estéticas,

como señala Octavio Paz, es la metáfora del amor. El amor supone el ejercicio del erotismo, además del contenido supremo de la afectividad, la preocupación por la otra persona y el olvido de sí en la entrega mutua.

La sexualidad se manifiesta en la relación placentera entre los sexos y cuando digo sexo, me refiero al cuerpo sexuado que ha recibido una identidad simbólica que le adjudica un género masculino o femenino. El género es la construcción social que se confiere a un cuerpo sexuado. Como afirma Simone de Beauvoir en *El Segundo Sexo*, no nacemos mujeres y hombres, la cultura nos convierte en tales. Los tres estadios: sexualidad, erotismo y amor en la cultura patriarcal, como vimos, están simbolizados por el deseo sexual masculino. El deseo femenino en la sexualidad, el erotismo y el amor, hasta ahora las mujeres lo estamos verbalizando para cada etapa de la existencia femenina; las que “nos atrevemos a vivir en voz alta”, como nos invita a hacerlo la poeta Emily Dickinson. Estamos creando una nueva comprensión de la sexualidad, el erotismo y el amor en todos los ciclos de la vida femenina, en este escrito específicamente en las mujeres maduras.

Preguntémonos acerca de los rasgos o las peculiaridades de la sexualidad, el erotismo y el amor en las mujeres mayores. En primera instancia, podemos afirmar que la sexualidad de las personas mayores, específicamente las mujeres, resulta una sorpresa que produce desagrado y rechazo en los jóvenes, tal como sucedió cuando Freud anunció que los niños y las niñas desde la primera infancia son seres sexuados. Las mujeres mayores siguen siendo sexuadas hasta que las sorprende la muerte, y cuando digo sexuadas me refiero a que poseen deseo sexual, erótico y amoroso. Continúan registrando deseos sexuales cuando no deberían hacerlo, y si hablo de “deber” claramente indico una evaluación moral.

Los niños y las niñas, como los viejos y sobre todo las viejas, no deberían tener deseos sexuales, puesto que se requiere en el patriarcado que las mujeres, en todas las épocas de su vida, justifiquen sus deseos sexuales con algo que va más allá de la sexualidad misma y el placer. Por ejemplo con la procreación o el deseo de su pareja. Pero que ellas, aún jóvenes, con mayor razón mayores, las mujeres viejas tengan deseos sexuales es una perversión moral, un escándalo, puesto que no existe ninguna forma de justificación posible: no procrean, generalmente no tienen pareja porque se colocan más allá del deseo masculino por su falta de juventud, y por ende, de atractivo sensual. Cuestión que obviamente no sucede con los hombres. Ellos tienen deseos sexuales “incontrolables” que “justifican” el ejercicio de su sexualidad en cualquier edad; por lo demás existe el estereotipo de hombre mayor atractivo, ausente por completo para las mujeres viejas.

La sexualidad, el erotismo y el amor para las mujeres maduras

Para las personas maduras, en esta época de la vida, el amor erótico adquiere una cualidad distinta cuando la relación se da entre pares. Pierde su carácter efímero, accidental, pasajero, eventual y se torna en definitivo. Yo la amo a ella, o a él para

siempre. Porque tu "siempre" se ha tornado muy corto ya. El erotismo se transforma en la madurez para las mujeres y para algunos hombres, si ellas y ellos asumen su sexualidad y guían sus propias decisiones morales con base en su propia jerarquía de valores explícita y razonada. Esa es, para mí, la prueba de que se es persona y propongo el placer como criterio de elección moral.

El erotismo femenino no depende de la erección, tampoco del orgasmo. El placer conmociona al ser por entero y lo hace vibrar fluidamente, experimentar los orgasmos significa terminar la fluidez del placer que corre por el cuerpo entero, sin una localización determinada.

La experiencia del amor va cambiando a medida que una va aprendiendo cosas nuevas de sí y del otro/a. Por ejemplo, se comprende un rasgo que pertenece al amor, el hecho de que siempre es único, porque lo que tú das al otro o a la otra y lo que la otra o el otro te da, no puede conferirse indistintamente. Posee una cualidad distinta e irrepetible, de ahí que los celos y el sentido de la posesión cambie. Se adquiere la certeza de que él o ella no te pertenecen, son personas independientes y si acaso entablan otras relaciones afectivas, a la mía no le quita nada, porque la nuestra es irrepetible en el sentido mencionado anteriormente.

El amor se vive tradicionalmente para las mujeres como completud del ser, como sostén. El amor heterosexual para muchas mujeres es la forma de ser alguien, de existir, esto sucede sólo si un hombre te ama y si tienes hijos de él, puesto que así se afirma que eres importante, que en verdad te quiere. Puede aceptarse o no esta visión del amor para una mujer joven. Para una mujer madura-mayor, ése no es el caso. La vivencia del amor envuelve el placer y el erotismo, pero el amor no es el solo sentido de vida; la mujer madura tiene vida propia, si el amor termina no se acaba su proyecto y sentido de vida elegido libremente, lo que constituye, creo yo la suprema moralidad de la edad madura para mujeres y hombres. La poeta May Sarton lo expresa en una situación de pérdida de amor, diciendo: "Mi corazón está destrozado, pero mi vida intacta".

Para finalizar

Hemos recorrido el camino señalado al inicio del trabajo. Nos referimos a la moralidad vigente en el ámbito de lo sexual, todo lo que constituye la "doble moral sexual" en el patriarcado. Utilizamos la perspectiva de género, que permite elevar la crítica de la versión asimétrica de la moralidad para los géneros. Ofrecimos una visión "a vuelo de pájaro" de la ética, como la filosofía moral para legitimar la moralidad vivida. Y finalmente expresamos algunas ideas acerca de la sexualidad, el erotismo y el amor, fundamento de la ética sexual hedonista, a nuestro juicio, acertada para guiar nuestra conducta sexual en la edad madura.

No ofrecimos reglas, juicios de valor o prescripciones acerca de la conducta sexual debida, puesto que pensamos que es materia de decisión personal, libremente

asumida por los sujetos morales, dado que lo que nos construye como humanos es precisamente ser constitutivamente morales. Esto significa que somos autónomas y dignas. Libres, puesto que nos toca actuar y hemos de evaluar nuestra conducta y legitimarla racionalmente, al basar nuestras decisiones en los valores libremente elegidos, apoyados por nuestro conocimiento de la realidad y nuestros ideales de vida, conformando nuestra propia dignidad. Lo que he querido decir se expresa en la máxima de San Agustín: “Ama y haz lo que quieras”.

Bibliografía

- Castellanos, Rosario. (1973) *Mujer que sabe latín*. Fondo de Cultura Económica. México
- De Barbieri, Teresita. *Sobre la categoría género*. En *Revista Interamericana de Sociología*. No.2 mayo-agosto. Ed. IIS-UNAM.
- Hierro, Graciela (1996), *Ética y Feminismo*. Editorial UNAM. México
- *Ética del placer*. Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades. Colección DiVERSA, UNAM 2001.

LA VIOLENCIA MORAL CONTRA LAS MUJERES MAYORES

Graciela Hierro

*“La mujer permanece en los patios interiores,
apaga las antorchas,
termina la tarea del día.
Cuando es joven hace la reverencia,
baila los bailes y se sienta a esperar
el arribo del príncipe.
Cuando es vieja,
aguarda a que le den la orden
de que se retire”.*

Rosario Castellanos.

En este trabajo me voy a referir a la violencia moral a la que se enfrentan las mujeres mayores. Cito al filósofo Adolfo Sánchez Vázquez: “En cada etapa de nuestra vida nos vemos amenazadas por la violencia. La violencia es tan vieja como la humanidad misma. Tan vieja que el inicio del duro caminar de las personas aquí en la tierra, lo fija la Biblia en un hecho violento: su expulsión del Paraíso. Y así ha sido a lo largo del tiempo que llamamos historia, vemos que la violencia va de una a otra época, de una a otra sociedad alimentando el sufrimiento de la vida cotidiana”. (Sánchez Vázquez, 1998).

Si esa es la violencia social resultado de las conquistas y las guerras, también existe otra violencia no menos terrible que sucede en las relaciones interpersonales, en las familias y en las comunidades. Es la violencia de género que se ejerce en todos los ciclos de vida. Especialmente dolorosa resulta a mayor desprotección de las personas y ese es el caso paradigmático de las mujeres mayores en las sociedades patriarcales. Violencia que se ve agravada por la etnia y la clase sociopolítica y otras diferencias relevantes. Podemos decir que la mayor violencia se ejerce contra las mujeres mayores en las sociedades patriarcales.

El patriarcado es una estructura de poder que se institucionaliza en la familia, se refuerza en la sociedad civil y se legitima en el Estado. Constituye el poder del padre en la familia, el patrón en el trabajo y el Padre eterno en el cielo. El dominio patriarcal se mantiene y perpetua por medio de la violencia de género y su finalidad es conservar la autoridad y el control del colectivo femenino, por el gran valor que representan las mujeres para los hombres: en su dimensión erótica y su capacidad procreativa.

Cuando hablo de violencia moral deseo significar un tipo específico de agresividad que no se representa necesariamente por la violencia física. Se trata de violencia simbólica en el sentido de falta de respeto a la dignidad de la persona; el desconocimiento de su valor como ser humano, en lo que atañe a su libertad, a su autonomía, a su derecho a orientar la vida de acuerdo con su propia decisión acerca de lo valioso, de lo que vale la pena elegir como

persona. Se refiere también a la falta de respeto a la edad, por la violación de los derechos humanos de las personas mayores que han trabajado toda su vida, sea en el trabajo doméstico no remunerado, como lo hacen las mujeres; sea en el trabajo público remunerado. En muchos casos carecen de la jubilación una vez que han alcanzado la edad mayor. No se respeta su derecho al retiro, a la pensión económica y el reconocimiento social por su dedicación a la familia y su contribución en la vida pública.

La sociedad moderna ha ido haciendo de la vejez cada vez más una suerte de desecho, con base en sus valores centrados en la fuerza, la agilidad para el éxito y en la conquista de bienes materiales. La juventud es el símbolo paradigmático de este siglo que inicia, pero no cualquier juventud sino del joven blanco, sano, económica y profesionalmente exitoso.

Este terrible concepto de lo “productivo-joven” domina la política y el imaginario social, construye paralelamente una perversa idea de cuerpo, de belleza y hasta de salud. Se valoran sólo los cuerpos jóvenes al extremo que el paso de los años hay que disimularlo a como dé lugar. Toda marca que deje la vida es considerada fea, inaceptable y vamos viviendo en una guerra contra la naturaleza de nuestros propios cuerpos. Todo lo que lo aleje de la perfecta potencia física y material es considerada una enfermedad y por tanto, medicalizada. Vamos desarrollando una separación de nuestros cuerpos, sus ritmos, sus etapas, lenguajes y avisos. (Bedregal, noviembre 2000)

La violencia contra las mujeres maduras se manifiesta contra su sentimiento, en lo interno; contra su cuerpo en lo físico y contra su actividad en la vida social. Veamos brevemente como se manifiesta esta violencia en cada uno de los aspectos mencionados antes.

He de advertir, sin embargo, que me referiré a los peligros que sufren las mujeres mayores y de los que son víctimas en la clase media mexicana. No hablaré respecto de las clases desprotegidas, cuyo sufrimiento es aún mayor por la carencia económica.

En cuanto a lo afectivo, para las mayores, se anuncia la tradicional desvaloración de las mujeres por la cesación de su capacidad reproductora, acompañada de la supuesta disminución de la respuesta erótica femenina.

En lo físico. Se considera la entrada a la menopausia como el umbral de una más de las enfermedades que aquejan al cuerpo femenino que debe, por tanto, medicalizarse. Violencia contra su cuerpo que se manipula, considerando todo lo que le sucede como enfermedades capaces de curación, que representan grandes ganancias para el cuerpo médico. Me refiero al climaterio, a la sustitución hormonal, a la amenaza de osteoporosis y otros procesos afines, que se ven magnificados por los interesados en la venta de medicamentos.

Como es bien sabido, el valor tradicional de las mujeres se ha localizado en la capacidad reproductora y en el atractivo sexual, centrado en los atributos físicos de la belleza de la primera juventud. Todo lo cual trae como consecuencia el deseo imperioso de ella para

conservar la juventud a cualquier precio y llevar a cabo todo lo que suponga “corregir” su vejez, para alcanzar el reconocimiento masculino y así conservar el valor para las mujeres que sólo confiere la mirada masculina.

Lo anterior representa el precio que deben pagar las mujeres para ganar el reconocimiento moral de los hombres y cuando digo hombres, obviamente me refiero al sexo masculino.

En cuanto a su actividad, se considera que ha llegado el tiempo de la retirada de los espacios de la juventud y la necesidad impuesta de recluirse en los espacios que han sido reservados a la vejez, para las mujeres limitados al hogar, cuando existe el agradecimiento de la familia. A los asilos de ancianas/os cuando no hay lugar para ellas/os en el espacio familiar.

Hemos de estar conscientes que el desarrollo de la humanidad no ha significado una oportunidad de mayor tiempo de actividad, aporte y sabiduría ni para las mujeres ni para los hombres, por el contrario, para gran parte de las personas plantea una sobrevivencia bajo un estatus de “muerte social”. (Bedregal, noviembre 2000).

La violencia y sus metáforas

La violencia moral no se maneja abiertamente, se utilizan metáforas para enmascararla. Con base en las anteriores consideraciones clasificamos la violencia contra las mujeres mayores de esta clase socioeconómica que venimos analizando, de acuerdo con las metáforas siguientes:

1. *El síndrome de la libélula*. La mujer mayor ya no tiene cuerpo visible. Ha dejado de ser mujer. Ya no es nada. La mirada masculina corre sin ver el cuerpo de las viejas. Hemos dejado de existir para ellos. Nuestro atractivo y valor, para muchos se ha perdido, no existe. Sólo se da en la breve juventud.

Algunos hombres mayores vanidosos desean ser envidiados por estar en compañía de mujeres más jóvenes. También hay para ellos una amenaza terrible: la posibilidad de la impotencia. Dado que la joven despierta más su deseo, muchas mujeres mayores sufren, en esta etapa de la vida, el abandono masculino.

2. *La loca menopáusica*. Ha perdido su capacidad reproductora, por ello carece del solo sentido de la vida acordado para las mujeres, no existe ya para ella un lugar en el mundo. En vista de lo cual estas mujeres intentan conservar la juventud o la semblanza de juventud por mayor tiempo. Como “la bella durmiente”, solo la mirada y el beso de un hombre las despierta, las hace existir. Vano intento, como el de ellos de la virilidad para siempre. Sufre problemas de depresión que se curan con calmantes nerviosos, alcohol y drogas. Remedios que pueden llevarlas a enloquecer y acudir al suicidio.

3. *La bruja vieja malvada*. La consecuencia de haber dejado de ser madre-esposa ha liberado una parte del ser femenino que la cultura occidental tradicionalmente ha determinado en unión con el mal, a partir de la figura de Eva, la causante de la pérdida del paraíso, y Pandora, que derrama los males de la humanidad. La maldad mayor para una mujer es ser vieja. Ya no sirve al patriarcado, que justifica su rechazo tildándola de culpable de los males que aquejan a la humanidad. El exterminio de las brujas en la Edad Media no se debió al hecho de que poseían poderes ocultos, sino por ser mujeres.

Los ciclos de vida y el género

“Madre, ten paciencia con la abuela, porque así te nos vas a poner tú cuando seas vieja”. Una hija a su madre.

En la mayoría de las culturas se da por sentado que la vida humana consiste en una serie de etapas sucesivas entre el nacimiento y la muerte; cada una de esas etapas comienza en un momento muy preciso, celebrado con ritos de pasaje, tras los cuales la persona se mantiene estable por cierto número de años, hasta el inicio de la etapa siguiente.

Sin embargo, la consideración de la edad biológica cambia de acuerdo con las épocas, a mayor avance en la protección contra la violencia y la salud, se amplían los ciclos de vida para las personas. Más adelante presentaremos las estadísticas actuales para el Distrito Federal.

Las Reinas pensamos que en nuestro país, en esta época, se es niña hasta los 10,12 años, cuando se inicia la adolescencia que dura hasta los 18,20 años; sigue la juventud hasta los 40. La primera madurez de los 40 a los 60, cuando se inicia la segunda madurez que culmina en la vejez, a partir de los 70 años. Las mujeres vivimos más tiempo que los hombres.

Lo anterior es apropiado para la clase socioeconómica media de la que venimos hablando.

El género es la identidad social que se confiere a un cuerpo sexuado. No nacemos hombres ni mujeres, como afirma Simone de Beauvoir: nuestra cultura nos convierte en hombres y mujeres de acuerdo con lo que la cultura espera de cada uno de los sexos.

De ahí que resulta necesario distinguir entre lo que nos sucede por nuestra herencia genética y aquello que se debe a nuestra condición de género femenino y masculino.

Dado que en la vejez, como hemos apuntado antes, ya no se pueden realizar los valores de género para las mujeres, las ancianas se encuentran a merced de la mayor violencia; ya no interesan al patriarcado. La mujer vieja ha perdido, en gran medida, la protección de los hombres.

De allí la responsabilidad moral de las mujeres jóvenes frente a las mayores, de la cual hablaremos en esta parte final de mi intervención.

La batalla feminista y la ética del placer

Para muchas personas aún no existe un ideal de valor para la madurez de las mujeres y sí la hay para la madurez y la vejez de los hombres. Ellos pueden ser “feos, fuertes y formales”, incluso en la vejez y conservar su valor.

Como hemos comentado, las mujeres pierden muy pronto la fragilidad de la belleza juvenil; también, el valor de la maternidad basada en la entrega y la preocupación por la prole, una vez que se ha enfrentado el síndrome del “nido vacío”. Cuando la familia ha partido.

Sin embargo, debemos tener presente que cada vejez es el resultado final de una vida, que si es de gran productividad y experiencia, hará la vejez más rica, eliminando la visión de la vieja arrinconada por su familia, comodín de la nada.

Se levanta la imagen de la mujer mayor que trabaja para sí y para el mejoramiento social, aquella mujer que puede estar sola, pero no solitaria.

Es el momento de la plenitud de la sabiduría, el desarrollo de la religiosidad de manera que una se prepare para integrarse, re-ligarse con el todo, de acuerdo con el clima de creencias que haya alimentado en su existencia.

El valor de la vejez es la soledad humana ilustrada por la sabiduría. “Yo soy mi casa, yo conmigo estoy bien”.

Las mujeres mayores de las clases desprotegidas carecen de cosas de gran importancia para lograr lo anterior, como es la educación, la carencia económica que les impide tener protección contra el envejecimiento prematuro y la enfermedad; y por la falta de apoyo y afecto, la salud mental.

El empoderamiento de las mujeres mayores

La edad no es un secreto vergonzoso.

La condición necesaria aunque no suficiente para el empoderamiento de las mujeres mayores consiste en prepararse para la vejez cuando se es joven. Cada vejez, como ya dijimos, es el resultado de lo que se ha vivido en las etapas anteriores. En lo afectivo, en lo físico y en lo social.

En lo afectivo parte de la aceptación de la edad en cada etapa, con todo lo que ésta trae consigo de mutaciones, pérdidas y carencias.

“Los avatares de la vida pueden destruir a una joven liberada, pero una vieja libre posee una fuerza imbatible”.

En conclusión, la forma de alcanzar una adultez mayor feliz se basa en la propuesta ética que deseo ofrecer. Se plantea como el deber de alcanzar la madurez en esta etapa de la vida, es decir, la autonomía moral que le hace a una ser persona.

La forma de prepararse efectivamente para la adultez mayor es que las mujeres y los hombres construyan una vida propia, es decir, un vivir independiente cuyo desarrollo en cierta medida dependa de cada una de las personas. Para ello, hemos de tomar nuestra vida en nuestras manos y educarnos para ser una persona con autonomía moral. Conocerse, aceptarse y amarse como enseña Sócrates: “Una vida no reflexionada no vale la pena de ser vivida”.

Asimismo, lograr la independencia económica. Formar familias fuera de su familia. Y finalmente, desarrollar una labor social que permita la relación entre distintas generaciones como sucede, por ejemplo, en la relación académica de maestra/os alumnas/os.

Preocuparte por tus hijas, hijos, nietas y nietos, si las tienes. Reales y simbólicas.

Tratar en lo posible de mantener a tu familia unida, sin desesperarte; puede ser otra pasión inútil.

Estar con tus amigas, quererlas y apoyarlas; son tu familia fuera de tu familia.

Seguir tu sentido de vida, trabajos, apoyo social. La vieja que no apoya a las demás, se queda sola.

Evitar las envidias, desconocer las agresiones y, sobre todo, apreciar los apoyos. Tu energía se pierde si la centras en lo negativo. Acuérdate que ya no es tanta, no la desperdicias.

Juégatela con la soledad, inventa planes si la sientes opresiva. Construye y reconstruye el sentido de tu vida.

El poder del placer

“La risa abre más túneles que el llanto”. Rosario Castellanos.

Desde la juventud, cuidar tu salud y calidad de vida, a través del cuidado del cuerpo y construir un hábitat apropiado y agradable para la última etapa de la existencia.

Trabajo, profesión e interés que apasione, produzca placer y sea duradero. Preparación psicológica para aceptar las “pérdidas necesarias” que trae consigo el vivir cotidiano.

Libertad sexual, erotismo y amor en la diversidad de los distintos ciclos de vida. Cada etapa posee su propio valor.

Para poder afirmar: La mejor edad, la que ahora estoy viviendo.

Los derechos humanos de las personas mayores

- Derecho a la salud.
- Derecho al trabajo.
- Derecho a una familia y/o comunidad que respete y valore su independencia y acceso a condiciones para una vida digna.
- Derecho a la consideración social del envejecimiento como una etapa de la vida con posibilidad de ser vivida en forma autónoma, autosuficiente, independiente, socialmente útil y placentera.

Para lo anterior se requiere:

1. La creación de programas y acciones que faciliten el tránsito de las personas mayores en la calle de manera segura y fácil, así como mejorar la seguridad en sus casas.
2. Mejorar la educación para la salud, involucrar a las personas mayores en su autoprotección, identificar los signos de enfermedad oportunamente.
3. Fomentar la cultura de la vejez, lograr que la familia, la comunidad y las instituciones participen en la promoción de la salud y la prevención de los riesgos de la salud de las personas ancianas.

La escudilla del viejo

(Cuento de Grimm).

Un viejo es obligado por su hijo mayor a comer en una escudilla de madera en un rincón del comedor familiar. El hijo más joven de la familia recoge madera en el bosque cuando sale con su padre. Éste le pregunta: “¿Hijo, para qué quieres esa madera?”. El joven le responde: “Para hacer tu escudilla para comer, cuando seas viejo”.

El abuelo fue de nuevo aceptado en la mesa familiar.

Esta es la finalidad de toda la discusión sobre la violencia contra las mujeres mayores:

Participar hasta la muerte en la comunión de la mesa familiar.

DE LAS AUTORAS

El *Grupo Las Reinas* tiene varios años dedicado al análisis y reflexión del proceso de envejecimiento de las mujeres a partir de la propia experiencia de las participantes. Además de ejercer sus disciplinas académicas en sus respectivas áreas de trabajo, se dan tiempo para impartir talleres y cursos donde la perspectiva de género forma parte integral de los trabajos.

Graciela Hierro. Nacida en México, D.F. Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México desde 1972. Doctora en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM 1982. Titular de la Cátedra de Ética y del Seminario Interdisciplinario de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad. Directora del Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM. Miembro del SNI. Miembro de los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (**CIEES**), de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior (ANUIES), y de la Sociedad de Mujeres para la Filosofía Capítulo México.

Ha publicado: *Ética y Feminismo* (1985) UNAM. *Naturaleza y fines de la educación superior* (Premio ANUIES) 1982 UNAM. *Traducción, comentario y notas de Francis Bacon, escritos pedagógicos* (1987) UNAM. *De la domesticación a la educación de las mexicanas* (1989) Editorial Torres Asociados. *Ética de la libertad*. Edit. Torres Asociados (varias ediciones). *Gracias a la vida*. (Premio DEMAC). 2000. Documentación y Estudios de la Mujer (DEMAC). *Ética del placer*. Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades Colección DIVERSA UNAM 2001. Coautora: *Tres Temas. Tres Mujeres. Muchas Mujeres*. Universidad Autónoma de Nuevo León. México 2001.

Las antologías: *La Naturaleza Femenina* (1989) UNAM. *Perspectivas feministas* (1993) Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. *Estudios de género* (1995) Edit. Torres Asociados. *Diálogos sobre filosofía y género* (1995) Asoc. Filosófica de México. UNAM. *Filosofía de la Educación y Género* (1997) Facultad de Filosofía y Letras. Edit. Torres Asociados. Fascículos: *El Feminismo es un Humanismo. Madres e hijas; hijas y madres*. Las Reinas, Grupo de reflexión sobre el envejecer de las mujeres. *La enseñanza de la Ética*. Seminario de Pedagogía Universitaria. Artículos varios en libros y revistas especializadas sobre la línea de investigación básica Ética y Filosofía de la Educación.

Recibió las distinciones: del International Women Forum. Women That Makes a Difference (1977), Estados Unidos; Universidad de Chile (1998); Premio Nacional “María Lavalle Urbina”, de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Alianza de Mujeres de México, A.C. (2000); Premio Memorias. DEMAC (2000); Visitante distinguida de Puebla (2001). Afiliada a Women’s for Philosophy USA.

Falleció el 30 de octubre de 2003, en la plenitud luminosa de sus 74 años.

Dasha. Como le gusta ser presentada, omitiendo su apellido Tepfel, es psicóloga clínica y ejerce en Cuernavaca, Morelos. Trabaja con parejas, grupos o individuos para favorecer su crecimiento personal. Desde hace 30 años se especializa en los temas de las mujeres y por ello, a los 60 años inició su maestría en Psicología, en Goddar College, Vermont. Asimismo, ha sido diseñadora de vestuario de cine, teatro y ballet. Obtuvo un premio por su trayectoria como diseñadora de vestuario para el Ballet Folklórico de Amalia Hernández, del Instituto Nacional de Bellas Artes. Tiene 84 años.

Celia Ruiz Jerezano. Realizó su maestría en Psicología Clínica en United States International University de San Diego, California. Se ha formado en la Sociedad de Psicoanálisis y Psicoterapia de la Ciudad de México donde ejerce su trabajo profesional. Conferencista invitada de El Colegio de México. Ha publicado en diversas revistas nacionales y extranjeras. Impulsora de musicosofía en el país. Realiza práctica privada y es facilitadora de grupo en talleres sobre la identidad y desarrollo de las mujeres a nivel nacional e internacional. Tiene 70 años de edad.

Irma Alma Ochoa Treviño. Licenciada en Trabajo Social, Diplomada en Derechos Humanos por UNICEF, Suprema Corte de Justicia de la Nación y Universidad de Monterrey. Activista social, fundadora de diversas asociaciones civiles. Integrante del Pacto Plural de Mujeres “Compromisos para la Equidad”, colaboradora en el Centro Universitario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras, UANL; autora de artículos de análisis sobre género en diversas publicaciones locales y nacionales.

Agradecemos el apoyo y la colaboración de:

Celia Ruiz Jerezano, por su generosidad al permitir la divulgación de estos materiales.

*Irma Alma Ochoa por la compilación, Ana Márquez en la revisión,
Guadalupe Elósegui en la corrección de estilo y Juana María Nava
en el cuidado de la edición.*

*María del Refugio Ávila y a Sylvia G. Puente por sus gestiones
administrativas y jurídicas.*

*Y de Yolanda Garza por permitir la reproducción de su obra “La Playita enamorada”
acrílico sobre madera 100 x100 cms. que ilustra nuestra portada.*

**El contenido de los artículos es responsabilidad
absoluta de sus autores**

**IMPRESO POR:
ORTSANT, S.A. DE C.V.
REP. DE CUBA No. 83 P.A.
COL. CENTRO, C.P. 06010
5518-0788
MARZO DE 2004
TIRAJE DE 1000 EJEMPLARES**